

© 2009 Gadir Editorial, S.L.
Jazmín, 22 – 28033 Madrid
www.gadireditorial.com

© de la traducción: 2008 Juan José Álvarez Galán
© de la ilustración de cubierta:
Vincent Van Gogh, *La silla de Gauguin*, 1888

Diseño: Gadir Editorial
Impresión: Gráficas Deva (Madrid)

Impreso en España - Printed in Spain
ISBN-13: 978-84-96974-30-2
Depósito legal: M-37417-2009

Todos los derechos reservados. Ninguna parte de esta obra puede ser reproducida, almacenada o transmitida por ningún medio o procedimiento mecánico, electrónico o de otra índole, sin la autorización previa del editor.

Fernando Pessoa

Diarios

Traducción de Juan José Álvarez Galán



G A D I R

Fernando Pessoa (Lisboa 1888-1935) es uno de los mayores poetas y escritores no sólo de la lengua portuguesa, sino de la literatura europea de todos los tiempos. Se educó en Sudáfrica por lo que el inglés fue «su otra lengua nativa», y a menudo escribió en dicho idioma. Llevó una vida sumamente discreta, y su personalidad sigue resultando hoy enigmática: se dedicó al periodismo, al comercio, a la traducción, pero, sobre todo, a la literatura. Sus muchas facetas literarias le llevaron a desdoblarse en varias personalidades conocidas como heterónimos, distintos nombres que él se daba a sí mismo, de manera que firmaba sus poemas como Ricardo Reis, Alberto Caeiro, Álvaro de Campos, Bernardo Soares... cada uno de ellos con su propio estilo. Si su obra poética permite considerarlo como un autor de primer orden, su abundante y dispersa obra en prosa lo corrobora. Su obra sigue siendo hoy objeto de descubrimiento.

Los textos que recoge este volumen, cuya escritura se extiende a lo largo de casi toda la vida de Pessoa, aportan una valiosa información, de

primera mano, sobre la vida y el espíritu de su autor. Algunos fragmentos, como los que abarcan períodos de 1906, 1908, 1913, 1914 y 1915, fueron escritos propiamente como diarios por Pessoa, aunque son heterogéneos en su enfoque e intenciones. Otros muchos constituyen apuntes sueltos, en ocasiones clasificados por el autor como notas biográficas, notas personales, apuntes bibliográficos... El hilo conductor de todos ellos es que proporcionan al lector un completo panorama sobre la visión que, de sí mismo, tuvo Pessoa a lo largo del tiempo. La selección de los textos obedece a ese criterio: el de complementar los diarios propiamente dichos con textos de autorreflexión que proporcionan una visión desde dentro del autor. Visión que, claro está, abarca también la suya sobre la vida, la literatura, la metafísica y todos los grandes temas presentes en la obra del genio.

Estos diarios, de los que varias partes fueron escritas originalmente en inglés, proporcionan al lector una visión única de las inquietudes personales de Pessoa y de su forma de vida cotidiana en distintas etapas, de sus estrecheces materiales, de su formación humanística, filosófica y literaria, de sus intenciones vitales, y de la enorme madurez que demostraba desde muy temprana edad. De su recurrente sensación de aislamiento frente a familia, amigos y mujeres, retazos de sus comienzos

como periodista, como poeta, y también como traductor en despachos mercantiles, de su método de trabajo literario, su apreciación sobre autores como Antero de Quental o Sá-Carneiro... Algunos de estos textos pertenecen a heterónimos menos conocidos como Charles-Robert Anon, Alexander Search o Fray Mauricio. Todo ello convive con páginas magistrales, textos a veces casi aforísticos, joyas que merecen figurar junto al resto de su obra y que sin duda harán las delicias de los admiradores de Pessoa.

Los textos, que proceden esencialmente de la edición de Richard Zenith, publicada por Assírio & Alvim, *Prosa Íntima e de Autoconhecimento* (2007), han sido apoyados puntualmente por notas del traductor, que se ha buscado deliberadamente que no fueran exhaustivas y se han limitado a aclarar algunos puntos que pudieran dificultar la lectura. Las palabras o frases incompletas o no legibles aparecen con la notación [—].

Diarios

Y entonces, ¿qué es el hombre, por sí mismo, sino un insecto fútil que zumba mientras se estrella contra el cristal de una ventana? Y es que está ciego, no puede ver, ni puede darse cuenta de que hay algo entre él y la luz. Por eso se esfuerza, trabajosamente, en acercarse. Puede apartarse de la luz, pero no es capaz de llegar a estar más cerca. ¿Cómo le ayudará la ciencia? Puede llegar a conocer la consistencia y las irregularidades propias del cristal, comprobar que en una parte es más grueso, y en otra más fino, en una más basto y en otra más delicado: con todo esto, amable filósofo, ¿cuánto se ha acercado a la luz? ¿Cuánto han aumentado sus posibilidades de ver? Puedo llegar a creer que el hombre de genio, el poeta, llega a romper, de algún modo, el cristal, hacia la luz, y siente la alegría y la tibieza que produce estar más allá que los demás hombres, pero, ¿no está, también él, ciego? ¿Acaso se ha acercado algo al conocimiento de la verdad eterna?

Déjenme llevar más allá mi metáfora. Algunos se alejan de la cristalera en el sentido opuesto, hacia atrás, y gritan, al darse cuenta de que no chocan con el cristal, que no está tras ellos, «Hemos pasado».

Soy un poeta impulsado por la filosofía, no un filósofo con cualidades poéticas. Me fascinaba observar la belleza de las cosas y dibujar lo imperceptible, lo minúsculo, que define el alma poética del universo.

La poesía de la Tierra nunca está muerta. Podemos decir que otras épocas pasadas fueron más poéticas, pero podemos decir [—]

La poesía está en todo, en la tierra y el mar, en el lago y en la ribera del río. También está en la ciudad, no lo niegues, se hace evidente a mis ojos, mientras estoy aquí sentado: hay poesía en esta mesa, en este papel, en este tintero: hay poesía en el ruido de los coches, en la calzada, en cada movimiento vulgar y ridículo de un obrero que, al otro lado de la calle, pinta el cartel de una carnicería.

Mi sentido más profundo predomina en mí de tal modo sobre los cinco sentidos que veo las cosas de la vida, estoy convencido, de una forma distinta a la de los demás hombres. Para mí existe, o existía, una riqueza en el significado de algo tan ridículo como la llave de una puerta, un clavo en la pared, los bigotes de un gato. Existe, para mí, una sugestión espiritual plena en una gallina que cruza la carretera cacareando. Existe, para mí, un significado más profundo que el miedo de las per-

sonas en el olor del sándalo, en una caja de cerillas olvidada, en dos papeles sucios que, en un día de viento, dan vueltas y se persiguen calle abajo.

Y es que la poesía es admiración, perplejidad, como la de un ser que hubiera caído del cielo y se diera cuenta durante su propia caída, atónito. Como alguien que conociera las cosas en el alma y luchando por recordar este conocimiento, se diera cuenta de que no era así como las conocía, no bajo esa forma y esas condiciones, y fuera incapaz de recordar más.

El artista debe ser hermoso y elegante, porque quien admira la belleza no debe carecer de ella. Y, sin duda, causa un dolor terrible al artista no encontrar en sí mismo nada de lo que busca tan trabajosamente. ¿Quién podría, al observar los retratos de Shelley, de Keats, de Byron, de Milton o de Poe, dudar de que fueran poetas? Todos eran hermosos, todos eran queridos y admirados, y conservaban la calidez de vivir y la alegría divina, tanto como le es posible a un poeta, o a cualquier hombre.

DIARIO

Comenzado el 15 de marzo de 1906

15 de marzo de 1906

Curso superior. Geografía en inglés. Biblioteca Nacional; leí la *Lógica* de Aristóteles traducida por San Hilario. Volví a casa a las 3h30. Estuve pensando en la disertación sobre los derechos de la mujer, y en un alegato satírico a favor de la prostitución masculina. Empecé «La puerta». Leí un libro sobre fisonomía. Cené a las 16h30. Estuve caminando toda la tarde hasta las 9h30.

16 de marzo

Festivo. El rey viene de Madrid. Leí un poco sobre fisonomía. La Biblioteca estaba cerrada, así que no pude ir a seguir leyendo el *Organon*. Un día caliente; leí Tennyson. Di un paseo con Cochado Torres. Volví a las 9h30. Jugué al quino hasta la hora del té. Algunas dificultades en la ejecución mental de «Jacob Dermot». Estuve pensando en un poema sobre Avenida que debe incluirse en *Revolta*.

17 de marzo

No fui a clase. Pedrouços hasta las cuatro. Había estado en la Biblioteca leyendo el *Organon*, de Aristóteles. Me quedé en Pedrouços.

18 de marzo

En Pedrouços. Domingo. Salí a caminar con la tía María*, un largo paseo. No hice nada más. Me quedé también a dormir.

19 de marzo

En Pedrouços. Lunes, festivo. Cumpleaños de la tía Anica. Cena familiar en Pedrouços. Volví a casa por la noche.

20 de marzo

En Lisboa, en casa. No había clase: festivo porque caía entre dos fiestas. Biblioteca Nacional. Estuve meditando las categorías para mi proyecto de *Metafísica*. Una gran alegría: estoy muy cerca

* *N. del T.* Tía María: La influencia de la familia materna fue importante en Pessoa, que vivió largas temporadas con sus tías y fue criado casi exclusivamente por su madre, ya que su padre murió muy pronto. Ángel Crespo apunta las inclinaciones literarias de su madre y de su tía Maria Xavier como posible marco del surgimiento de la vocación literaria del autor.

de la solución. Ha habido una crisis ministerial, así que una buena parte de *Reuelta* ya no tiene sentido. No importa, lo escribiré por la causa del republicanismo. Establecí una clasificación de las categorías en tres ramas: así queda resuelta una buena parte del problema. Todavía tengo que decidir las subdivisiones de las categorías. El doctor Ferraz me ha presentado, casualmente, al padre Freitas, que fue, en otros tiempos, un gran polemista. Me estuve fijando en su presencia. Nariz pequeña, combativa, ancha en el extremo; labios finos; barbilla cuadrada. Una mente sucia y obscena, como dejó ver en los cinco minutos de charla. En Ferreira & Oliveira, por la noche, no había nadie para hablar o dar un paseo.

21 de marzo

Último día festivo del curso. Me quedé todo el día en casa. Empecé *El círculo de la vida*. Escribí la *La balada del Rey Gondomar*. Incapaz de continuar *La puerta*. Pensé una obra «Sobre el Estado». Y seguí escribiendo un poema de *Reuelta*. Empecé unas «Notas sobre las narices». Esboqué un poema breve sobre Shakespeare.

22 de marzo

Primer día de clase después de las vacaciones, geografía e inglés; día monótono y estúpido. Me quedé en casa (no, salí a caminar y volví a las nueve)

por la noche. Después escribí una disertación sobre Alceste, Philipo y Celimene para clase. Curso de francés. Me quedé despierto hasta las dos y media con esta tontería. Siempre lo dejo todo para el último momento.

23 de marzo

Clases, francés. No me quedé a filología, pero al final no hubo clase. Estuve caminando por toda la ciudad con Rebelo. Por la noche también estuve andando con él; nos encontramos con un montón de idiotas de mente sucia y convencional. Fuerza y juventud, qué duda cabe.

24 de marzo

Clases, historia. Monótono, aunque Ramos es muy divertido. Me senté entre dos miembros de la aristocracia; diagnóstico: degeneración (inferior). Fui andando a la Biblioteca con más gente convencional (de clase baja — como dicen ellos — esta vez); también son vulgares, pero no aristocráticos. En la Biblioteca, Weber, *Historia de la filosofía europea*, escuela jónica, Tales, Anaximandro y Anaxímenes. Un libro muy bien escrito, tomé notas. La teoría de Tales es estrictamente primitiva, la de Anaximandro, mucho más profunda y más cierta, la de Anaxímenes, una materialización, bastante espontánea para una mente primitiva, de la de su maestro. Por la no-

che en Coliseo, era la velada de Antonet y Walter. Estupendo, me reí mucho. Estuve hablando con alguien a quien creía al margen de la convención y lo descubrí tan esclavizado como cualquier esclavo. Ya no tengo esperanza de encontrar una amistad aquí, debo mudarme tan pronto como sea posible.

25 de marzo

Me quedé en casa. Domingo. Revelé, o, mejor dicho vi como revelaban, unas fotografías de grupo y de mí mismo; me había hecho una vestido con un traje extravagante, con Mário, y la vi revelada y fijada. No hice nada de nada.

26 de marzo

Clases: francés y filología. No pasó nada especial. Bajé al centro con Rebelo. Dimos vueltas por allí. No hice nada de nada.

27 de marzo

Clases: geografía e inglés. Un día monótono como casi todos. Leí la *Historia de la Filosofía* de Hegel; estuve estudiando las escuelas jónica y eleática. Tengo que ver otras historias, comparar y tomar notas. Bajé al centro por la noche, nada nuevo. Tengo que leer más poesía para neutralizar el efecto de la perfecta filosofía. No hice nada.

28 de marzo

Falté a clase, y faltaré también mañana: hay una prueba escrita de geografía y no sé absolutamente nada del tema. Odio todo trabajo impuesto. Biblioteca Nacional, sigo leyendo la *Historia* de Weber, todavía estoy con la escuela eleática. Viaje a Inglaterra en proyecto. No tengo dinero, debo conseguirlo. Tengo que operarme antes: circuncisión. No tiene sentido ir al extranjero con semejante desgracia. Continué *La puerta*. ¿Cómo conseguiré que me pasen mis cosas a máquina? Debo pensarlo bien.

29 de marzo y 1 de abril

Ocupado con el Curso y pura meditación, sin lecturas. Se me ocurrieron algunos argumentos para mi *Metafísica*.

2 de abril – Lunes

Cumpleaños de María. Día caliente, sofocante; no hice absolutamente nada.

3 de abril – Martes

Clases: Geografía, inglés. El peso del trabajo impuesto aumenta. No pude ir a la Biblioteca, tenía que ir a ayudar a Sardoeiro. Lo hice de buena gana. Escribí *Acabarán con ellos*, composición satírica.

Del miércoles 4 al miércoles 11 de abril

No seguí el diario. No escribí nada que merezca la pena. Leí *La feria de las vanidades*, *Viaje a la luna* y la mitad de *Viaje alrededor de la luna* de Jules Verne. Continué *La puerta*. Algún argumento más para mi *Metafísica racional*. Pensé la estructura para *Documento robado*, una versión corregida de *La carta robada* de Poe, que debe estar escrita como un relato supuestamente verídico del caso de la carta robada.

Jueves, 12 de abril

Visité a Cochado Torres, que está escribiendo su novelita. Continué *La puerta*. He decidido escribir, antes de *Sub Umbra*, un libro de poemas en inglés atacando la religión, etcétera; dado que los poemas de combate que he escrito son, me parece, inadecuados para su publicación con la poesía lírica en el volumen de *Sub Umbra*. Debo continuar *Revuelta*.

Ideé y empecé a escribir una obra en inglés contra la pena de muerte, y quizá contra la prisión. Tengo que leer obras sobre el libre albedrío para atacar la pena de muerte.

Leí un poco de Rousseau (*Desigualdad*) y empecé Guerra Junqueiro (*La vejez del Padre Eterno*).

Del viernes 13 al martes 17 de abril

Trabajé relativamente poco. Algunos poemas para mi primer libro en inglés (es decir, no *Delirium*, sino *Muerte de Dios*). Planeé un tratado *Sobre la República* que debe estar escrito en un lenguaje simple y aparecer después de *Revolución*. Conseguí algunos argumentos para mi *Metafísica*. Tengo mucho que leer. La Biblioteca está cerrada; abre el 20 de diciembre. Planeé un panfleto contra el matrimonio — la institución en sí, ya sea civil o religiosa. Acabé *La vejez del Padre Eterno*. Pensé mucho, pero no leí casi nada. Seguí con *La puerta*. Empecé *Documento robado*.

Viernes, 20 de abril de 1906

Sigo de vacaciones. Biblioteca Nacional; empecé a leer la *Crítica de la Razón Pura* en la traducción francesa de Barni. Escribí varios poemas. Estuve pensando seriamente en mi *Metafísica*. Tengo que hacer tres disertaciones para las clases; esto me llevará una buena parte de mi tiempo, que es precioso. Tengo que acabar varios poemas breves aún en proyecto. Empecé a aprender alemán. Leí *La feria de las vanidades*, de Thackeray (pero sólo una parte, claro).

Viernes, 27 de abril

He preparado dos de las tres disertaciones. Estuve leyendo (aunque no tuve mucho tiempo)

la *Crítica de la Razón Pura* en la traducción de Barni. Leí *La feria de las vanidades*. Ni un minuto, esta semana, para seguir con el alemán. Tengo que vender mi modesta colección de sellos para devolverle al tío António sus 3.000 reales (los tomé prestados inconscientemente para comprar la *Vida de Shelley* de Dowden). *La puerta* está acabada, apenas necesita algunos retoques. Necesito algo de dinero para poder sacar algunas copias de *Por la República*, o, mejor aún, para hacer que lo impriman.

11 de mayo de 1906

Empecé a leer seriamente todos los libros que leí, sin demasiado provecho, durante la niñez y la adolescencia. Leí *Las peregrinaciones de Childe Harold* y los Cantos I y II de las *Melodías hebreas* de Byron; *La víspera de Santa Agnes* de Keats, los primeros capítulos de *Hombre criminal* de Lombroso y un pequeño poema de Schiller (traducido con dificultad, porque apenas estoy empezando a aprender alemán). Estoy preparando mi falacia filosófica «Sobre la fenomenología del Lexicón», para la clase de filología; el tema que nos habían dado era «La orientación del Lexicón». Debo conseguir algo de dinero de Inglaterra mandando mis escritos. Es una desgracia no tener máquina de escribir. Con el dinero que gane tengo que intentar hacerme con una.

12 de mayo (Sábado)

Clases. No hice casi nada. No he leído nada que merezca la pena mencionar.

13 de mayo (Domingo)

Día oscuro y lluvioso; me quedé en casa. Leí algo sobre la filosofía escolástica en el Vallet. Leí cincuenta páginas de Campoamor (*Doloras y cantares*).

14 de mayo (Lunes)

Clases; filología. Estuve andando por ahí. Perdido en mis obsesiones. Por la noche estuve desde las seis y media hasta las once en Sardoeiro trabajando para las clases, o mejor dicho, fingiendo trabajar.

16 de mayo de 1906 (Miércoles)

Hablé con Henrique Rosa. Le estuve escuchando leerme en voz alta una crítica magnífica de las *Palabras cínicas* de Sampaio. Una mente amplia y maravillosa, un pesimista filosófico de primer orden. Su conocimiento científico es enorme; me ha dejado *Palabras cínicas* y el *Evangelio nuevo* de Silva Passos. Me leí la mitad del primero por la noche.

18 de mayo (viernes)

Clases. En casa, sigo con mi disertación filo-

lógica, o más bien, con mi parodia de disertación. No leí nada, no tuve tiempo.

19 de mayo

Nada importante. Leí Chatterton. Acabé *Palabras cínicas*. Mi disertación filológica está atascada por falta de argumentos de ficción.

20 de mayo de 1906 (Domingo)

Estuve fuera todo el día. No leí nada de nada.

21 de mayo de 1906 (Lunes)

Clases. Francés y filología. No hice nada más.

22 de mayo (Martes)

Clases. Geografía e inglés. Leí Molière: *El Atolondrado*.

23 de mayo de 1906 (Miércoles)

Clases: Historia. Estuve muy enfermo el resto del día, aunque no en la cama.

24 de mayo (Jueves)

Fui a pasar el día a Pedrouços. Fui para allá andando con Mario, nos llevó un par de horas. Cené y volví.

25 de mayo

Curso: francés y filología. Leí Keats y la *Me-*

tromanía de Piron. He decidido leer, de aquí en adelante, dos libros cada día —*uno* de poesía o literatura, *el otro* de filosofía o ciencia. Acabé las primeras proposiciones de mi primer trabajo filosófico.

Sábado, 26 de mayo de 1906

Leí Gresset: *Verde-Verde* y *La cuaresma improvisada* así como el primer acto de *El mal hombre* antes del desayuno. Escribí un poema sobre personas en un tren: «Ebriedad y miedo», basado en el hecho de que el jueves, cuando volvíamos de Pedrouços, caímos en un tren abarrotado de borrachos. Había estado imaginando qué harían si de repente hubiera un accidente, y había llegado súbitamente a la certeza de que su alegría se transformaría en miedo, y así, escribí el poema como expresión de una dolorosa verdad. Clases. Volví directo a casa; un día caliente y terrible. Acabé de leer *Malvado*; leí el primer capítulo de *Enigma*, de Haeckel. Empecé una carta para el prior de Los Mártires.

Domingo, 27 de mayo de 1906

Un día de calor insoportable. Tuve que ir a Belas. En el tren, horrible, sobre todo en el túnel, a la vuelta. Pensé que me ahogaba. No leí nada: absolutamente imposible.

Lunes, 28 de marzo de 1906

Clases: francés, filología e historia (clase extraordinaria). Estuve paseando por la Avenida con Corado, discutiendo de filosofía. Es mucho más culto y mejor pensador que yo. Un día de calor aún más insoportable que ayer. La vida es absolutamente insufrible. Leí el segundo capítulo de *Enigma*, de Haeckel.

Martes, 29 de mayo

Clases: geografía e inglés. Horriblemente caluroso, el peor día hasta ahora. No leí nada: es imposible.

Miércoles, 30 de mayo

No hubo clases; me quedé en casa. Leí en voz alta para la tía Anica. No hice nada más.

Jueves, 31 de mayo

Clases: geografía e inglés. Una clase de inglés muy divertida. Un día mejor; no hice gran cosa.

Viernes, 1 de junio

Fiesta: apertura de las Cortes. Una multitud de republicanos se manifestó protestando sin demasiado alboroto. Decidí, con gran entusiasmo, escribir mi panfleto. Leí.

Sábado, 2 de julio

Clases. Historia. Paseé por la ciudad, indiferente y sin compañía. No leí nada.

Domingo 3 de junio

[Nada registrado]

Diez mil veces se partió mi corazón dentro de mí. No puedo contar los sollozos que me emocionaron, los dolores que consumieron mi corazón.

Y sin embargo, también vi otras cosas que me llenaron los ojos de lágrimas y me agitaron como una hoja olvidada. Vi hombres y mujeres que entregaban su vida, sus esperanzas, todo, por los demás. Vi actos de una entrega tan grande que me hicieron llorar lágrimas de alegría. Estas cosas, pensé, son hermosas, aunque no sean capaces de redimir. Son rayos puros del sol incidiendo sobre el gran monte de estiércol del Mundo.

*Charles-Robert Anon**

* *N. del T.* Charles-Robert Anon: Uno de los seudónimos de Pessoa, lo utiliza varias veces en el Diario. Aparece por primera vez en la firma un artículo en un periódico local de Durban, el Natal Mercury, en junio de 1904.

Vi a los pequeños...

El odio a las instituciones, a las convenciones, incendió mi alma con su fuego. El odio a los padres y a los reyes creció en mí como un torrente desbordante. Yo era un cristiano ardiente, fervoroso, sincero; mi naturaleza sensible, emotiva, pedía fuego para su hambre, alimento para su fuego. Pero cuando miré a aquellos hombres y mujeres, dolientes y débiles, me di cuenta de que no merecían la prolongación de su infierno. ¿Qué mayor infierno que esta vida? ¿Qué maldición más dura que esta vida? «La voluntad libre», me dije a mi mismo, «es otra convención y otra falsedad que los hombres han inventado para poder castigar y torturar bajo el amparo de la palabra justicia, que es un nombre que oculta la palabra crimen. No juzguéis, dice la Biblia, la Biblia: no juzguéis y no seréis juzgados».

Mientras era cristiano creía que los hombres eran responsables del mal que hacían; odiaba a los tiranos, maldecía a los reyes y al clero. Cuando me libré de la inmoral, de la falsa influencia de la filosofía de Cristo, odié la tiranía, la monarquía, el sacerdocio: el mal en sí mismo. De los reyes y del clero tuve lástima, porque ellos mismos son hombres.

Charles-Robert Anon

EXCOMUNIÓN

Yo, Charles-Robert Anon, *ser*, animal, mamífero, cuadrúpedo, primate, placentario, mono, —hombre, de dieciocho años de edad, soltero (con ciertas excepciones), megalómano, con rasgos dipsómanos, *dégénéré supérieur*, poeta, con vocación de escritor satírico, ciudadano universal, filósofo idealista, etc., etc., (para ahorrar mayores sufrimientos al lector).

En el nombre de la VERDAD, LA CIENCIA Y LA FILOSOFÍA, y no con campanas, con el libro y cirios, sino con papel, tinta y pluma,

Declaro la condena de excomunión contra todos los sacerdotes y todos los doctrinarios de todas las religiones del mundo.

Excommunicabo vos.

Sed todos malditos.

Ainsi-soit-il.

La Razón, la Verdad y la Virtud, por C.R.A.

Percibí dentro de mí un distanciamiento gradual y terrible entre el mundo y yo mismo; la diferencia entre los demás hombres y yo era mayor que nunca. El afecto familiar —de mi familia hacia mí— tomó un aspecto frío, una apariencia dolorosa, frente a la calidez de mi afecto hacia la humanidad. El asco hacia la vida invadió mi alma; me volví hostil a las opiniones de los otros, a pesar de que siempre seguí amando la humanidad. Cada día que pasaba hacía evidente el crecimiento del horrible vacío. Yo era un genio, comprendía la verdad, y, comprendiendo esto, comprendí también que siendo un genio, era un loco.

Un hombre necesita tres cosas para triunfar, según el doctor Reich: geografía, historia y religión. Sustituiré «religión» por «fe», entendiendo por ésta «sinceridad».

Pero si a lo que se refería el doctor Reich es a triunfar en el mundo, entonces debo decir que hacen falta tres cosas: carencia de conciencia, de escrúpulos; brutalidad; interés. Se siguen uno a otro tan fácilmente, están tan lógicamente unidos, que podemos describirlos a todos con una sola palabra: criminalidad, o tendencia a ésta.

Charles-Robert Anon

Estoy cansado de entregarme a mí mismo, de lamentar mis desgracias, de tener lástima y llorar por mí. Acabo de tener algo parecido a una escena con la tía Rita sobre F. Coelho. Inmediatamente después he tenido uno de esos síntomas que se hacen cada vez más fuertes y claros en mí: un vértigo moral. En el vértigo físico se produce un reflejo del mundo externo en nosotros; en el vértigo moral, un reflejo del mundo interior. Por un momento, tuve la sensación de estar perdiendo la capacidad de percibir las verdaderas relaciones de las cosas, de perder el entendimiento, de caer en el abismo de la somnolencia de la inteligencia. Es una horrible sensación que golpea con un miedo descontrolado. Estas sensaciones se hacen cada vez más frecuentes, como si estuvieran preparando el camino a algún otro estado de la mente, que, por supuesto, sería la locura.

No hay en mi familia ninguna comprensión de mi estado mental; no, ninguna. Se ríen de mí, se burlan y me desacreditan; dicen que pretendo ser extraordinario. Se niegan a analizar *el deseo* de ser extraordinario. No pueden comprender que entre ser extraordinario y desear serlo no hay más diferencia que la conciencia que se añade en este

último. Es lo mismo que sucedía cuando jugaba con soldaditos a los siete y a los catorce años: al principio eran cosas, después, cosas y juguetes al mismo tiempo; sin embargo, el impulso de jugar con ellos permanecía, y ese era el estado psíquico real, fundamental.

No tengo a nadie en quien confiar. Mi familia no entiende nada. A mis amigos no puedo incomodarles con estas cosas; no tengo auténticos amigos, e incluso si tuviera intimidad con alguno de ellos, en un plano ordinario, no lo serían del modo en el que yo comprendo la intimidad. Soy tímido, no me gusta dar a conocer mis preocupaciones. Un amigo íntimo es uno de mis ideales, algo con lo que sueño despierto, y sin embargo, algo que nunca tendré. Ninguna forma de ser encaja conmigo, no hay ningún carácter en este mundo que refleje ninguna oportunidad de aproximarse a lo que yo sueño como amigo íntimo. Dejemos esto de una vez.

Tampoco tengo amante ni dulce compañera; es otro de mis ideales, también frustrado por completo, con un vacío absoluto. No puede ser como yo lo sueño. ¡Ah, pobre Alastor! ¡Shelley, cómo te comprendo! ¿Puedo confiarme a mi madre? Ojalá la tuviera cerca de mí. Tampoco a ella puedo confiarme, pero su presencia paliaría mucho mi dolor. Estoy tan solo como un náufrago

en medio del mar. De hecho, soy un náufrago. Así pues, me confío a mí mismo. ¿A mí mismo? ¿Qué clase de confianza hay en estas líneas? Ninguna. Vuelvo a leerlas y me duele el corazón al darme cuenta de lo pretenciosas que son, de cuánto se parecen a un diario literario. En algunas he conseguido un cierto estilo. Pero no sufro menos por ello. Un hombre puede sufrir lo mismo en un traje de seda que en un saco o bajo una colcha rasgada.

Dejémoslo aquí.

PACTO VITAL DE ALEXANDER SEARCH

Pacto ofrecido por Alexander Search, del Infierno, sito en Ningún Lugar, a Jacob Satán, Dominador, pero no Rey, de ese espacio:

1. Nunca caerás ni te desviarás del objetivo de hacer el bien a la humanidad.

2. Nunca escribirás nada que, por sensual o por otros motivos perversos, pueda ser dañino o causar mal a aquellos que lo lean.

3. Nunca olvidarás, cuando ataques la religión en nombre de la verdad, que la religión difícilmente puede ser sustituida, y que los desgraciados hombres sollozan en la oscuridad.

4. Nunca olvidarás el sufrimiento de los hombres ni su desgracia.

Satán

Su sello

Alexander Search

2 de octubre de 1907

El primer alimento literario de mi infancia fueron los numerosos relatos de misterio y horribles aventuras. A los libros que se suelen llamar infantiles y tratan de experiencias emocionantes nunca les presté atención. Nunca me identifiqué con la vida saludable y natural. No me fascinaba lo probable, sino lo imposible, y no lo imposible por grado, sino por naturaleza.

Mi infancia fue tranquila, mi educación adecuada. Pero desde que tengo conciencia de mí mismo, he percibido en mí una tendencia innata a la mistificación, a la mentira del arte. Añádase a esto un gran amor por lo espiritual, por lo misterioso, por lo oscuro, que, después de todo, no es sino una variante de ese primer rasgo de mí mismo, y mi personalidad queda completamente descubierta ante la intuición.

Noviembre de 1907

Mis pensamientos toman a veces una orientación que me lleva a sentir que estoy loco. Lo que estas ideas significan en su profundidad, no lo sé, ni me atrevo a intentar descubrirlo. La simple idea de analizarlos me asusta: tal es su naturaleza. Vértigo intelectual...

El cínico no es más que un pesimista alegre. No hay más que decir de él.

¡Qué divertida fue la cena de ayer! ¡Qué contentos estaban mis tíos y tías, mis primos, y qué alegre era todo! Todo era ingenio, encanto, cercanía. Pobre Fray Mauricio*, estabas allí y todo era frío, frío, frío. Pobre Fray Mauricio. Fray Mauricio está loco. Que nadie se ría de Fray Mauricio.

Que nadie se ría de nadie, que nadie se burle de nadie, ni siquiera interiormente. La vida humana es demasiado seria y demasiado triste para la risa.

Reíd con los niños de las cosas simples que les hacen reír. Pero que nadie se ría de nada más.

Tengo pensamientos que, si pudiera encarnarlos y darles vida, darían un nuevo brillo a las estrellas, una nueva belleza al mundo y un amor más grande al corazón del hombre.

¿Por qué soy tan infeliz? Porque soy lo que no debería ser. Porque la mitad de mí es lo opuesto de la otra mitad, y el triunfo de una es la de-

* *N. del T.* Fray Mauricio: Carácter ficticio que algunas veces utilizó como seudónimo temprano de Pessoa, apenas vuelve a aparecer en la obra posterior del autor.

rrota de la otra, y la derrota es sufrimiento: mi sufrimiento, siempre.

Una parte de mí es grande y noble, la otra es pequeña y vil. Las dos son parte de mí. Cuando mi parte grandiosa triunfa, yo sufro porque la otra parte —que también es verdaderamente yo, que no he conseguido sacar de mí — siente dolor. Cuando la parte innoble de mí mismo triunfa, la noble sufre y se lamenta.

Lágrimas nobles o innobles, siguen siendo lágrimas.

Cuando oigo hablar del aumento del vicio, de la lujuria, de la depravación, me lleno de un dolor inefable, de una rabia profunda. ¿Por qué esta rebelión? Porque no todo en mí es rabia, sólo una parte —la de la grandeza, verdaderamente, la noble, verdaderamente. Pero la otra parte de mí, aunque escondida, está exultante. Por eso es mi rabia tan grande: es la rabia de la guerra y de la guerra civil, todo en uno. Sufro porque no soy verdaderamente bueno.

Me consumo profundamente por un amor infinito a la humanidad, por un firme deseo de hacer el bien, de defender a los débiles, de hacer milagros.

A menudo, cuando me siento tan débil de voluntad, tan indeciso en mis propósitos, me digo: voy a abandonar todas estas ideas de altruismo; tal vez así no disfrute la vida, pero al menos no me preocuparé por nada, lo abandonaré todo.

Pero no puedo, afortunadamente, no puedo.

Hay más bien que mal en mí.

¿Son estos mis pensamientos? ¿Cuáles serán mis acciones en el futuro? ¡Horror, horror, horror! La duda.

Sé que nunca prostituiré con vicio o lujuria el talento que tengo. Sé que nunca defenderé falsedades. Pero, los actos de mi vida, los privados, aquellos que son íntimos, ¿serán buenos y puros? ¿Qué me guarda el futuro? ¿El futuro de qué pérdida o de qué triunfo soy yo?

Fray Mauricio

Enero de 1908

Mi primera acción de auténtica rebeldía contra lo establecido, contra lo habitual, sucedió el primer día de 1908.

Ese día dos de mis tías y yo estábamos invitados a cenar en casa de mi primo A. M., en la Rua

Alecrim, que está en la ciudad, cerca del río. A.M. no era, estrictamente hablando, mi primo, sino el marido de mi prima Laurinda, hija de una tía de mi madre, hermana de aquellas dos tías que vivían conmigo. Aprecio a mi prima Laurinda como aprecio a todos los miembros de mi familia, como aprecio a todas las personas en general. No sentía hacia ella, ni hacia su marido —que siempre había sido amable conmigo— ese asco o esa repugnancia que a veces me provoca la presencia de ciertas manifestaciones del alma de los seres. Así pues, no sé qué fue lo que pudo inclinarme a no ir a aquella cena. Imagino, y creo que acierto, que el hecho de encontrar tanta gente tenía que ir unido con una enorme fuerza a mi creciente asco hacia la sociedad, y eso me llevó a mi primer acto de franca rebelión. Para salir del paso sin problemas había fingido una enfermedad desde unos días antes, sintiéndome mal, remoloneando, como se suele decir, y de hecho estaba un poco enfermo, pero como siempre lo estaba, siempre tenía algún dolor, eso no era impedimento para ir. El día antes, el último del año, no fui a la oficina; era un día frío y me pareció que anunciaba tormenta; el miedo que me dan, el miedo a sufrirlo todo el día me retuvo en casa. Por la tarde salí, pero tenía un dolor de cabeza verdadero de proporciones considerables. La mañana del 1 de enero se me había pasado, o prácticamente, y estaba, para cualquier plan, normal.

Empecé a fingir que estaba muy enfermo y que quería quedarme en casa.

5-9-1908

¡Que Dios me dé la fuerza necesaria para tratar, para comprender, la síntesis completa de la psicología y de la historia psicológica de la nación portuguesa!

Cada día el periódico me trae noticia de hechos que son humillantes para nosotros, los portugueses. Nadie puede concebir cuánto me hacen sufrir. Nadie puede imaginar la profunda desesperación, el agudo dolor que me invade ante estos hechos. Ah, cuántas veces sueño con aquél Marqués de Távora que habría de venir a salvar la nación, un hombre sabio, auténtico, grande y valeroso que nos guiaría. Pero no hay dolor que pueda igualar el que siento cuando comprendo que no es más que un sueño.

Nunca soy feliz, ni en mis momentos egoístas ni en los que soy desprendido. Mi consuelo es leer Antero de Quental. Somos, después de todo, espíritus gemelos. Oh, hasta qué punto comprendo ese profundo dolor que fue el suyo.

Debo escribir mi libro. Temo lo que la verdad pueda resultar. Aunque sea mala, tengo que escribirlo. ¡Quiera Dios que la verdad no sea mala!

Me gustaría haber escrito esto con mejor estilo, pero mi capacidad para escribir ha desaparecido.

30-10-1908

Nunca ha existido un alma más afectuosa o tierna que la mía, más llena de bondad, de piedad, de todo lo que es cercanía y amor. Sin embargo, no hay un alma más sola que la mía; no sola, que quede claro, por circunstancias externas, sino internas. Esto es lo que quiero decir: junto a mi enorme ternura, bondad, hay un factor de mi carácter completamente opuesto, un factor de tristeza, de egocentrismo, de egoísmo, que tiene un doble efecto: impedir y anular el desarrollo y el protagonismo de esas cualidades internas, e impedir, provocando la tristeza, su exteriorización plena, su manifestación. Debo analizar, algún día, todo esto; algún día debo examinar con cuidado, diferenciar, estos elementos de mi carácter, puesto que mi curiosidad hacia todas las cosas, unida a mi curiosidad por mí mismo y mi propio carácter, me llevarán a un intento de comprender mi personalidad.

Precisamente como consecuencia de estas características escribí estas palabras en *Día de invierno*, describiéndome a mí mismo:

Un hombre como Rousseau...

Un filantrópico amante de la humanidad.

Tengo, de hecho, muchas, demasiadas afinidades con Rousseau. En ciertos aspectos, nuestro carácter es idéntico. Ese tierno, intenso, inefable amor a la humanidad, y un cierto egoísmo que equilibra la balanza, es un rasgo fundamental de su carácter, y también lo es del mío.

Mi intenso sufrimiento patriótico, mi intenso deseo de mejorar la condición de Portugal, hacen surgir en mí — ¡cómo podría expresar con qué fuerza, con qué ternura, con qué sinceridad...! — mil proyectos que, si pudieran ser realizados por un hombre, exigirían de él una cualidad que está absolutamente ausente de mi carácter: la fuerza de voluntad. Pero sufro — hasta el límite de la locura, lo juro — como si pudiera hacerlo y la carencia de voluntad me lo impidiera. Este sufrimiento es horrible. Y me mantiene constantemente, insisto, en el límite de la locura.

Y además, incomprendido. Nadie puede sospechar mi amor por la patria, más intenso que el

de cualquier otra persona que yo conozca. No lo dejo traslucir; pero entonces, ¿cómo sé que los demás no lo sienten? ¿Cómo puedo determinar que su caso no es el mismo que el mío? Porque, en muchos casos, la mayoría, su carácter es completamente diferente; en otros, hablan de un modo que deja traslucir su carencia del más mínimo amor patrio. La cercanía, su intensidad —tierno, agitado, hiriente— del mío nunca podrá ser expresada, y si lo fuera, nunca le darían crédito.

Además de mis proyectos patrióticos —escribir *Regicidio Portugués* para provocar una revolución, redactar panfletos portugueses, editar las obras más antiguas de nuestra literatura nacional, crear revistas y publicaciones científicas... —hay otros proyectos que me consumen con la urgencia de su realización— los proyectos Jean-Seul, crítica de Binet Sanglé, etc. —y se combinan para producir en mí un impulso excesivo que me lleva a la parálisis. No sé si el sufrimiento que esto me provoca puede ser clasificado dentro del margen de la locura.

Añadan a este sufrimiento todas las cosas, físicas o psíquicas, que pueden producir dolor (incluso algunas que no lo producirían en un hombre normal), y añadan también algunas complicaciones, problemas, dificultades monetarias, que, junto a mi talante exagerado, pueden dar una idea de cuál es mi sufrimiento.

Una de mis dificultades mentales — más horrible de lo que las palabras pueden expresar — es el miedo a la locura, que es, en sí mismo, locura. Estoy, al menos en parte, en ese estado que Rollinat descubre como el suyo en el poema que abre su *Neurosis*. Algunos impulsos criminales, otros de locura, que, entre mi agonía, llegan a convertirse en una horrible tendencia hacia la acción, una terrible *muscularidad*, es decir, una sensación de los músculos — que son habituales en mí al igual que el horror que me producen y su intensidad, que es mayor que nunca tanto en frecuencia como en fuerza — que no puedo describir.

Alexander Search

Me lleno de ira. Querría comprenderlo todo, saberlo todo, cumplirlo todo, decirlo todo, disfrutarlo todo, sufrirlo todo, sí, sufrirlo todo. Pero no tengo nada de todo esto, nada, nada. Estoy anulado por la idea de lo que querría tener, poder, sentir. Mi vida es un inmenso sueño. Pienso, en ocasiones, que quisiera cometer todos los crímenes, todos los vicios, todas las acciones bellas, nobles, grandes, beber la belleza, la verdad, el bien, de un solo trago, y dormirme después para siempre en el pacífico seno de la Nada.

Déjenme llorar.

Estoy aquí sentado, escribiendo en mi mesa, con mi bolígrafo en la mano, etc., y súbitamente cae sobre mí el misterio del universo y me detengo, tiemblo, siento pánico. Siento el deseo de dejar de sentir, de matarme, de aplastar mi cabeza contra la pared.

Dichoso el hombre que puede pensar con profundidad; sin embargo, sentir con esa profundidad es una maldición. ¿Cómo podría describirlo? Un horror que se añade a otro.

Hay algo de esto en la música, ser música es la parte positiva de esto, es la parte femenina.

No hay hombre en cuya vida haya penetrado el misterio como en mi vida. Con la misma familiaridad, si puedo decirlo así. El misterio del mundo no sólo llena mis pensamientos, sino también mis sentimientos.

Es preciso que ahora cuente qué clase de hombre soy. Mi nombre no tiene importancia, al igual que el resto de los detalles externos. Es mi carácter lo que merece ser descrito.

Toda la constitución de mi carácter es incertidumbre y duda. Nada existe ni puede existir con certeza para mí; todas las cosas oscilan a mi alrededor, y, con ellas, la incertidumbre de mí mismo. Todo es, para mí, incoherencia y cambio. Todo es

misterio y todo es significado. Todas las cosas son **símbolos** desconocidos de lo Desconocido. En **consecuencia**, horror, misterio, miedo que **sobrepasa** la inteligencia.

Por mi propia inclinación, por aquello que rodeó mi primera infancia, por la influencia de los **estudios** que realicé bajo todos estos impulsos, **por** todo esto pertenezco a las especies de carácter **interior**, volcado en sí mismo, silencioso, que **no se** basta a sí mismo sino que se pierde a sí mismo. Toda mi vida ha sido pasividad y sueño. Todo mi **carácter** está hecho de un rechazo, de un horror, de una incapacidad, que invaden todo lo que soy **yo**, física y mentalmente, y me llevan a actos **de-**cisivos, a pensamientos definitivos. Nunca he **to-**mado una decisión nacida de mí mismo, nunca he **mo-**strado una voluntad consciente. Ninguno de **mis** escritos está acabado; siempre ha habido ideas que se mezclaban, ideas extraordinarias, **inex-**cusables, que posponían el límite hasta el infinito. **No** puedo frenar el odio de mi pensamiento hacia el final: sobre una única cosa surgen cien **pen-**samientos, y sobre esos cien pensamientos nacen **mil** asociaciones de ideas que toman en ellos su **base**, y no tengo fuerza de voluntad para **eli-**minarlos o detenerlos, ni para reunirlos en una **única** idea central, en la que sus despreciables pero **di-**ferentes detalles se perderían. Me recorren, **no** son mis pensamientos sino pensamientos que me

recorren. No reflexiono, sueño; no estoy inspirado, alucino. Puedo pintar, pero nunca he pintado; puedo componer música, pero nunca he compuesto música. Concepciones extrañas de las tres artes, deliciosos golpes de la imaginación acarician mi cerebro. Pero los dejo adormecerse hasta que mueren, porque no tengo fuerza para darles cuerpo, para convertirlos en cosas del mundo.

El carácter de mi ser es de tal forma que odia el principio y el final de las cosas, porque son puntos exactos. La idea de encontrar soluciones a los mayores, los más nobles problemas de la ciencia, de la filosofía, me entristece; la existencia de hechos cerrados en torno a Dios o al mundo me horroriza. Que la mayor parte de las cosas que se abren deban cerrarse, que los hombres deban algún día ser felices, que se encuentre una solución para el mal que aflige la sociedad, la simple idea de todo esto me vuelve loco. Y a pesar de todo no soy malo ni cruel, estoy loco, con una locura difícil de comprender.

He sido un lector voraz e impulsivo, y, sin embargo, no puedo recordar ninguna de mis lecturas, tan lejos estaban de mi propia mente, de mis sueños, o, más bien, de los orígenes de mis sueños. Mi propio recuerdo de las cosas, de los hechos externos, es, más que incoherente, indefinido. Tiem-

blo al pensar qué poco retengo de lo que ha sido **mi** pasado. Yo, el hombre que afirma que hoy es **un** sueño, soy menos que una cosa de hoy.

Deseo poder librarme, sin dudas ni ansiedad, **de** este mandato subjetivo cuya ejecución **pos-**puesta o inacabada me tortura, y dormir así tran-**quilamente**, en cualquier lugar, cúbrame un plá-**tano** o un cedro, llevando en el alma, como si **fuera** un fragmento del mundo, entre la nostalgia y la aspiración, la conciencia del deber cumplido.

Pero, día a día, lo que veo a mi alrededor me señala nuevos deberes, nuevas responsabilidades para con mi sentido moral. A cada paso, la [—] que escribe sátiras surge en mí, colérica. A cada paso, la expresión me falla. A cada paso, la **volun-**tad flaquea. A cada paso, siento avanzar el tiempo sobre mí. A cada paso me reconozco, de manos inertes y mirada amarga, llevando a la tierra fría un alma que no supo cantar, un corazón que ya se pudrió, que ya está muerto y estancado definitivamente, inútilmente.

Ni siquiera lloro. ¿Cómo podría llorar? Querría poder querer trabajar, trabajar febrilmente para que esa patria que no conocéis fuese grande como es grande lo que siento cuando pienso en ella. No hago nada. Ni siquiera me atrevo a decir: amo la patria, amo la humanidad. Parecería un ci-

nismo supremo. Siento pudor hasta para decírmelo a mí mismo. Sólo aquí dejo constancia, sobre el papel, y aun así con vergüenza, para que quede escrito en alguna parte. Sí, quede aquí escrito que amo la patria profunda, [—], dolorosamente.

Sea dicho de esta forma, escuetamente, para que quede dicho. Nada más.

No hablemos más. Las cosas que se aman, los sentimientos que las acarician, se guardan en el cofre del corazón con la llave de aquello que llamamos pudor. La elocuencia las profana. El arte, al revelarlas, las hace pequeñas y viles. Ni siquiera la mirada debe descubrirlas.

Saben, sin duda, que el mayor amor no es aquel que las palabras dulces expresan con pureza. Ni aquel que la mirada manifiesta, ni el que la mano comunica rozando suavemente otra mano. Es aquel que, cuando dos seres están juntos, sin mirarse ni tocarse, los envuelve como en una nube, los [—].

Ese amor no se puede expresar ni revelar. No se puede hablar de él.

Los antiguos navegantes tenían una frase gloriosa: *Navegar es necesario, vivir no es necesario*. El espíritu de esta frase es válido para mí, transformando la forma para adecuarse a lo que yo soy. Vivir no es necesario, lo necesario es crear.

No cuento con disfrutar mi vida, ni pienso

en ello. Sólo quiero hacer de ella algo grande, aunque para eso tengan que ser mi cuerpo y [—] la leña de ese fuego.

Sólo quiero rodearla de toda la humanidad, aunque para eso tenga de perderla como mía.

Cada día estoy más convencido de esto. Cada día crece en la esencia anímica de mi sangre el propósito impersonal de engrandecer la patria y contribuir a la evolución de la humanidad.

Esta es la forma que toma en mí el misticismo [—] de nuestra Raza.

¡Señor, tú que eres el cielo y la tierra, que eres la vida y la muerte! ¡El sol eres tú y la tierra eres tú y el viento eres tú! Tú eres nuestros cuerpos y nuestras almas, y nuestro amor, eres tú también. Donde tú habitas, donde está todo, está tu templo. Dame vida para servirte y alma para amarte. Dame visión para verte siempre en el cielo y en la tierra, oídos para oírte en el viento y en el mar, manos para trabajar en tu nombre.

Hazme puro como el agua y alto como el cielo. Que no haya barro en los caminos de mi pensamiento ni hojas muertas en las lagunas de mis propósitos. Permíteme que ame a los demás como hermanos y te sirva como a un padre. Sé digno de ti en mí.

¡Bendito sea tu nombre de Cielo y de Tierra, de Cuerpo y de Alma, de Vida y de Muerte! ¡Que mi boca te alabe y mis manos te alaben!

Que mi vida sea digna de tu presencia. Que mi cuerpo sea digno de la Tierra, tu carne. Que mi alma pueda aparecer ante ti como un hijo que vuelve al hogar.

Hazme grande como el Sol para que pueda adorarte en mí; hazme claro como el día para que pueda verte y adorarte en mí.

Señor, protégeme y ampárame. Haz que me sienta tuyo.

Señor, líbrame de mí. Úngeme con tu divina
[—]

Que mi pomar dé frutos sabrosos para Ti y mi viña dé vino.

Cuando me muevo, eres tú el que se mueve; cuando hablo, eres tú el que está hablando. Cuando doy un paso, eres tú el que avanza. Cuando me paro, sales de mí.

1912

Soy la sombra de mí mismo, en busca de aquello que es sombra.

A veces me detengo al borde de mí mismo y me pregunto si soy un loco o un misterio muy misterioso.

15/2/1913 (Sábado)

Desde las doce y media hasta las dos y media en casa de Ponce Leão. Hablamos sobre todo de Sá-Carneiro. Me leyó y me dejó para que leyera algunas de sus cartas, concisas y dolorosas. Hablamos de un trabajo suyo (de Ponce) — *La venda* — que está acabando. Me dijo que no está de acuerdo con la Renascença. Y que a Sá-Carneiro le gusta mucho. «Pero claro, ¿a quién no le gusta usted?». Un rayo de sol. De allí fui al despacho

* *N. del T.* Lavado, y posteriormente Mayer, son dos de los despachos en los que trabajó el autor. Gracias a su conocimiento del inglés y el francés, Pessoa fue, tal y como él mismo se define, «corresponsal extranjero de casas comerciales» en un momento en el que el puerto de Lisboa volvía a recuperar parte de la actividad que le había llevado a ser uno de los puertos más importantes de Europa. Ángel Crespo (*La vida plural de Fernando Pessoa*, Barcelona, 1988) cita además varios testimonios que reflejan que su situación económica no era tan negativa como la angustia del autor puede hacernos creer, e incluso

de Mayer*, y después, a recoger la certificación de matrimonio de Mario, en el distrito 3. Fui dos veces al despacho de Lavado, pero no estaba ninguna de las dos veces. No hice nada allí. Acabé la carta para Sá-Carneiro con fecha del día 8, y otra de la misma fecha para mamá, extensa y amarga, de la que hay que sacar copia. A Sá-Carneiro le mandé dos poemas, *Brazo sin cuerpo* y *La voz de Dios*. Fui a la consulta de Jaime. Imposible hacer la letra con fianza, como yo proponía en mi carta. Hablamos del caso M. F. y de la patente ausencia de sentido moral en todos los que se relacionaban con él. Jaime me dio esta agenda. Por la noche, con Corado y João de Oliveira, a quienes presenté. Conversación interesante. Todavía en la Brasileira leí con Corado la *Comedie de celui qui épousa une femme muette* de Anatole France. Poca cosa, pero interesante. Llegué a casa sobre las dos, después de haber acompañado a Corado a su casa. En la cama apenas leí. Hojeé, sin llegar a leer, Emerson. Sigo inquieto por los 5.000 reales de Rosa, los 5.000 que tengo que pagarle a Mayer antes del 20 y por la imposibilidad de ir ahora mismo al Algarve.

da ejemplos de ofertas de empleos muy bien remunerados a los que Pessoa renunció para no tener que someterse a horarios establecidos.

Tomé algunas notas para argumentos. Pero no escribí ninguno. Ideé, sin embargo, una especie de comedia horrorosa, en parte ya esbozada, *El Pinar del Rey*. Me lo recordó la idea de las distintas posposiciones y la idea para sacar a la parálisis del pinar.

16/2 (Domingo)

Antes del almuerzo (doce y media) di un paseo totalmente vacío, meditativo y estéril, perdido en mis ensoñaciones. Después fui al despacho de Mayer. Pasé por la Brasileira y me quedé allí hablando con Ilídio Perfeito. Me ofreció un puesto en el periódico que está montando; no lo rechacé *carrément* pero tampoco lo acepté. En el despacho de Mayer desde las tres y media hasta las seis y cuarto o seis y media. Copié parte de la carta para Natal*. La maquina se desajustó. Escribí partes de *Marcos Alves* y de *El filatelista*. Ideé la imagen completa del personaje de Marcos Alves. Dejé cerrado el del Filatelista. La «ideación» tuvo lugar a lo largo de un pequeño paseo hasta el Rossio con el que dividí mi estancia en el despacho. Desde las cinco y media hasta las seis estuvo allí Francisco. De noche, ya en casa, dormí una siesta

* *N. del T.* Natal: Colonia inglesa, y actualmente provincia de Sudáfrica, en la que se encuentra la ciudad de Durban, donde vivían la madre y el resto de la familia más cercana de Pessoa.

después de la cena. Sólo algunas ideas vagas e informes para argumentaciones.

17/2 (Lunes)

De día hice poca cosa, pero copié parte de la carta para Natal, que todavía no está acabada. Fui al nuevo despacho de Lavado, en la Rua da Prata, y escribí algunas cosas que me entretuvieron hasta las seis. Antes de eso había gastado el día inútilmente paseando por la ciudad y yendo al Ministerio de la Guerra por el asunto de Mayer. Después de cenar vine a la Brasileira. Estuve desde las nueve y media hasta las doce, primero hablando con Barradas de cosas sin importancia, contando cosas sobre el doctor Nabos, y después con I. Anahory, con el que hablé bastante poco, porque estaba leyendo. Discutimos un poco *re* Bernstein; él tomó una actitud de apasionada defensa. Ya tarde hablé con Alfonso Gaio, que cuenta con ir a Madrid para convencer a Rosario Pino para que monte *El desconocido* en español, cuando venga por aquí. Tuve pocas ideas y argumentos; sólo algún que otro punto secundario de *Marcos Alves*. Al volver a casa esboqué dos poemas ingleses, ya de noche.

18/2 (Martes)

Almorcé pronto (a las 10) y salí pronto de casa. Al barbero, al despacho de Mayer y después al Mi-

nisterio de la Guerra y al Arsenal del Ejército. De todo esto se salva el paseo, agradable, con sol y frío. Después fui a la oficina de João Correia de Oliveira para pedirle 5.000 reales con los que devolver a Mayer los 1.500 de pequeños gastos. En el Chiado me encontré con José Figueiredo y estuvimos un rato hablando de Wagner y después de Valerio de Rájanto. Pasó José Correia de Oliveira y me dijo que iba para la Brasileira. Fui para allá a charlar y lo encontré con Augusto Santa-Rita. Critiqué *El loco y la Muerte de Pascoaes*, yo fraternalmente y él casi sin hablar. Hablamos sobre mi plan para la revista *Lusitania*, un plan ya completo, y quedó atraído por el asunto, prometiendo escribir a un editor de Oporto sobre el asunto. Bajé hacia la librería Ferreira con Santa-Rita. Me enseñó una carta a la nueva actriz Ester Durval, que va a publicar, parece, en *la Novedades*: una más del género. En el despacho de la Rua da Prata desde las tres y media hasta las cuatro y cuarto; dos cartas. Vine al despacho de Mayer. Mandé una carta para Lavado pidiéndole 1.000 reales. Seguí copiando la carta de Natal. Por la noche entré a la Brasileira, salí enseguida, con Costa. Fui a casa a pie, con él. Esboqué un folleto sobre Oscar Wilde y parte de la Teoría de la Aristocracia. Recibí una nota de la tía Lisbela y *El loco y la Muerte de Pascoaes* con el correo de la mañana.

19/2 (Miércoles)

Un día prácticamente en blanco. Despacho de Lavado (Rua da Prata), recibí 1.000 reales. Me encontré a Boavida* y fui con él a la redacción de *Teatro*, su nueva revista. Estuvimos hablando de la utilidad y de los objetivos de la revista. Tal vez publique en ella la crítica, todavía por definir, del *Bartolomé Marinero* de Lopes Vieira. El resto del día lo perdí sin motivos. Por la noche estuve en la Brasileira, hablando por hablar con Barradas y el Anahory más joven. Aparecieron Cobeira y Castañé. Salí de allí con este último y vine al despacho de Mayer a enseñarle los aguafuertes (eso dijo que eran) de Rafael Bordalo Pinheiro; Castañé dijo que a lo mejor tenían algún valor. Quedó en volver al día siguiente para ir a enseñárselas a M.G.B.P. Fui con Castañé hasta Martinho, hablamos un momento con Lacerda. Volví a casa. Tomé notas sobre una nueva orientación que darle a la carta al ministro inglés.

* *N. del T.* Boavida: Promotor de una polémica encuesta sobre el estado de las letras portuguesas publicada en el diario República en 1912, de especial interés para nuestro autor porque el joven Pessoa hizo su primera y quizá más sonada aparición pública a propósito de esta polémica, interviniendo en defensa del «saudosismo» y defendiendo el «Supra-Camoens», ya mencionado en los artículos de «A Águia».

20/2 (Jueves)

Me levanté pronto. Vine al despacho de Mayer a las diez. Estuve en la Brasileira de Rossio con Cunha Dias. Estuvo hablándome de su futura conferencia. Seguí hacia el despacho. Allí estuve escribiendo en esta Agenda hasta las once y cuarto. Vuelta a casa, a almorzar. Volví a las doce y cuarto y fui al distrito 3 a pagar 100 reales que debía. Al volver me encontré con Fortunato da Fonseca, y fuimos a la Brasileira a discutir asuntos literarios. Para él Junqueiro es un gran escritor, no un gran poeta; lo mejor de él es lo irónico. Esto, *inter alia*, junto a muchas otras cosas interesantes. Castañé pasó por la Brasileira. Vinimos al despacho de Mayer para que llevara los aguafuertes. Mientras, acabé de copiar la carta para Natal. Salió la carta. Castañé vio los grabados y declaró que valían unos seis mil reales cada uno; probable comprador, Cruz Andrade, de Ameixoeira. Despacho de Lavado a las cinco; nada que hacer. La noche entera en casa. Dormí después de la cena. Desde las doce a las cuatro, despierto, escribiendo varios fragmentos sobre O. Wilde, educación, y teoría aristocrática. Leí W. W. Jacobs hasta que me quedé dormido, para compensar la excitación de haber pensado.

21/2 (Viernes)

Me desperté a las diez. Vine al despacho de

la Rua da Prata a la una; nada. Estaban Lavado y S. Franco. Continué hacia la Brasileira de Chiado, hablando con José Correia de Oliveira, *inter alia*, sobre Pascoaes; él, afinando al máximo. Despacho de Mayer, un rato sin hacer nada salvo fumar y escribir algunos versos de *Galaaz*. Durante toda la noche estuve en la redacción de *Teatro** hablando con Boavida y Eduardo Freitas. Éste me provocó para que escribiera un ataque a *Bartolomé marinero* de Lopes Vieira. Entre la provocación y el deseo de esquivar el golpe, me senté y, desde las cinco menos cuarto hasta las seis y cuarto, escribí el artículo. A Boavida le gustó mucho. Volví tarde a casa. Por la noche volví a la Brasileira. Estuve charlando con Corado y con Pinto, muy estudioso y leído, hasta las once, más o menos. Volví a casa, llegué sobre las doce menos cuarto. Charla con Raul Costa. No dormí hasta tarde. Estuve intranquilo, leyendo W. W. Jacob, pensando en una cosa que, según me contó Corado, había dicho Henrique Rosa, casualmente, sobre mí. Apenas tomé notas sobre ninguno de los asuntos que me ocupan.

* *N. del T.* Revista *Teatro*: Fundada por el ya mencionado Boavida, atacaba el teatro concebido como espectáculo y pretendía ser plataforma para la defensa de un teatro artístico con una importante componente simbólica, que el propio Pessoa llevó a la práctica con su obra *El marinero*.

22/2 (Sábado)

Me levanté pronto y pronto marché para la tipografía a ver las pruebas del artículo sobre *Bartolomé marinero*. Estuve allí, excepto algunos ratos en los despachos de Mayer y de Lavado (una carta), todo el día, hasta las siete. Volví a casa a cenar. De vuelta a la tipografía, vi cómo empezaba a imprimirse la revista. Hubo que cortar mi artículo. Me dio pena, y dije que estaba bien, que no pasaba nada, porque así me lo parecía. En la Brasileira, hablando con Fortunato de Fonseca, Anahory, Corado. Éste me volvió a decir, no sé si por casualidad, la frase de Rosa que ya había mencionado ayer. Estuve en la Brasileira hasta la una. Me irrité un poco, interiormente, con Carlos de Sousa, masajista, a quien no conozco personalmente, por estar extranjerizándose y desdeñar, como portugués, el cartel de la Liga Naval sobre la Defensa Nacional. Un esbozo de todo aquello con lo que tiene que luchar la Renascença Portuguesa para sacar esto adelante.

23/2 (Domingo)

Pasé casi todo el día en el despacho de Mayer, escribiendo, paseando. Antes había estado en la Brasileira, a la puerta, hablando con Fortunato da Fonseca; interesante, él, como siempre. Paseé un poco. Fui a casa un poco tarde. Algunos fragmentos de *Marcos Alves*; algunas paradojas menores.

Recibí un billete postal de Sá-Carneiro.
Teatro no ha salido.

24/2 (Lunes)

Durante el día, del despacho de Lavado para el de Mayer, y un rato en la Brasileira con Cortes-Rodrigues. Le pedí un poema, que me leyó, para *El Águila*. De noche salí, vine al despacho de Lavado, donde estuve trabajando hasta las once y media. Vuelta a casa. Algunos apuntes menores. Mandé la carta para Natal (referente al día 12).

En la redacción de *Teatro*, Freitas me dijo que así no podía ser, que Boavida estaba en las nubes mientras dirigía aquello, etc.

25/2 (Martes)

Al centro a las once y media. Recibí dinero de la tía Rita en el Banco de Portugal. En la Brasileira hablé, no mucho, con Coelho. Despacho de Mayer. Escribí y mandé cartas a Mamá (con fecha del día 19), a Álvaro Pinto (enviándole algunos versos de Cortes-Rodrigues), y a Sá-Carneiro, de quien he recibido hoy una nota (aunque la carta no es respuesta a esa nota, sino a otra de anteayer, y va con fecha del 24). Por la mañana y durante todo el día tuve varias ideas para las paradojas. De noche, en la Brasileira, estuve hablando con el teniente Marques. Salí y fui a casa de Corado. Hablando con él, hasta la una y cuarto. Ha-

Habamos de varias cosas sin mucha importancia. Él describió su dispersión espiritual.

26/2 (Miércoles)

Por la mañana, la lectura del periódico provocó muchos conceptos paradójicos diferentes. No salí de casa hasta las doce y cuarto, por causa de una lluvia abundante. En la Brasileira: con Coelho y el otro, Rocha, que era de los de Fontes. En el despacho de Mayer; después, hablando largo y tendido con Antonio Ferro, en la Rua do Ouro. Despacho de Lavado — nada. Por la mañana recibí carta de Natal, la que debía haber llegado el sábado pasado. Por la mañana decidí escribir en portugués *El Templo de Jano*, y exclusivamente en inglés, *Asunto polémico*, igual que *En torno a Oscar Wilde*, la defensa de la República Portuguesa, etc. Por la noche, en la Brasileira. Varias ideas paradójicas.

27/2 (Jueves)

De día, nada que hacer en los despachos de Lavado y de Mayer. Estuve en la Brasileira con Gaio, que me describió dos piezas suyas. El mismo tema, tratado de forma distinta. Más tarde fui a la redacción de *Teatro*, Boavida me presentó a Vitoriano Braga. Un poco incómodo por el ambiente, porque estaba allí una mujer, aunque discretamente sentada en el sofá junto a R. Santos. Creo que no

dejé ver mi incomodidad. Por la noche, estuve hablando con Corado y Anahory, seria y largamente, sobre el escepticismo y la fe: todo porque Anahory había sabido por mí mismo (supongo) que era descendiente de cristianos nuevos, y porque dije que tengo algunas cosas semíticas —la nariz, un poco; mucho más, la tendencia a tomarme todo en serio. Vuelta a casa con Corado. Cuando llegué debían ser las doce y media, como mucho. Tuve, durante el día, varias ideas de paradojas, aunque ni fueron muchas ni fueron extraordinarias.

28/2

(Habiendo olvidado escribir la página de este día, perdí el recuerdo de lo que hice, excepto de algunas ideas, pocas, para ciertos fragmentos de varias de las cosas que tengo en proyecto).

1/3 (Sábado)

Por la mañana recibí cartas de Natal y de Sá-Carneiro. Después del almuerzo pensé varias poesías breves, una de ellas, una versión de «Voz de Dios» que hice para hacerla coincidir con la crítica de Sá-Carneiro. Bajé al despacho de Mayer. Estuve escribiendo los poemas que había compuesto en casa y en esta agenda. Salí del despacho de Mayer a las dos y media. Fui a la tipografía a ver si estaban imprimiendo *Teatro*. Allí estuve, con una interrupción (para ir al despacho de Lavado), hasta las

siete. Volví allí por la noche. Fui con Almada Negreiros a su estudio para ver unos trabajos para la exposición; me parecieron muy buenos. También iban, al mismo tiempo, Castañé, Lacerda, y un chaval, Joyce, primo de Antonio Joyce. Llegué a casa poco después de medianoche.

2/3 (Domingo)

Me vine a la Baixa a eso de las dos, con la intención de trabajar en el despacho de Mayer. Pero antes fui a la Brasileira, y allí asistí a una escena de pugilato verbal, muy desagradable, entre João Correia de Oliveira y Alfredo Guimarães. Después estuve hasta las cinco y media en la redacción de *Teatro*. Estaba Boavida, después llegaron Vitoriano Braga y Almada Negreiros. Vine al despacho de Mayer. Escribí el principio de la carta a Pascoaes. Por la noche, dormí un poco después de cenar, más tarde, leí un rato. No tuve casi ninguna idea. El día fue primaveral.

3/3 (Lunes)

Vine a la Baixa a las once, al despacho de Mayer, donde estuve seudo-trabajando hasta la una (el correo trajo un billete postal de Sá-Carneiro). Después de vagar un poco, yendo y viniendo al despacho de Mayer, fui al de Lavado, donde, junto a las cartas para escribir, encontré una para mí, que archivé. Se me ocurrió el poema sobre el

Capitán Scott. Preparé la parte central y el prelude, que tengo que alterar, porque me parece que los hombres habían muerto ahogados. También estuve en la redacción de *Teatro*, donde me entregaron *La damajuana de los enamorados*, como base para mi próximo artículo sobre Sousa Pinto. Me elogiaron por el artículo, varias veces a lo largo del día, Raul Carneiro, Martinho Fonseca, Barradas, Nuno de Oliveira (por la noche) e Ilídio Perfeito. Por la noche, en la Brasileira con Corado. Volví a casa con él. Cuando fui a casa para cenar me encontré una carta de A. J. Costa (al que después encontré en la Brasileira) y una nota, *plutôt* desagradable, de Álvaro Pinto.

4/3 (Martes)

Vine a la Baixa, al despacho de Mayer, a las diez; estuve aquí hasta las once y media respondiendo a Álvaro Pinto y pasando una carta a máquina. De vuelta a casa para el almuerzo hice varios recados para Doña Palmira y para la tía Anica. Fui hasta la Brasileira, estuve hablando con Carlos Ferreira y salí de allí con él. Volví al despacho de Mayer y estuve allí escribiendo una carta a Vila-Moura y una postal a Mário Beirão. Fui al despacho de Lavado: otra carta más. Pasé por la redacción de *Teatro*, donde apenas estuve unos minutos. Les llevé *El Águila*, por el retrato de Sousa Pinto. Fui a casa de Henrique Rosa para ver

si tenía la receta para los oídos taponados, que me había dejado allí. No la encontró. Estuvimos hablando. Vuelta a casa. Antes de cenar empecé un carta para Sá-Carneiro. Fui al despacho de Mayer, donde estuve escribiendo papeles y llevándolos de un lado a otro en la cartera.

5/3 (Miércoles)

La mayor parte del día en el despacho de Lavado. Unos minutos en el despacho de Mayer. Fui al despacho de José Sousa a pedirle *Sólo*. Me lo trajo a la Brasileira por la noche. Lo llevé a la Librería Ferreira. Modifiqué, etc., y escribí algunos (cinco) poemas. Por la noche, en la Brasileira con Anahory, me presentó a Antonio Arroio. Interesante; limitado en algunas cosas. Volví tarde a casa.

6/3 (Jueves)

Por la mañana recibí *Vida Portuguesa* y las pruebas de los sonetos de Cortes Rodrigues, enviadas por Renascença. Fui a la Baixa a las once y media, vendí *Sólo* por mil quinientos reales en la Librería Ferreira. En el despacho de Mayer, dos veces. Despacho de Lavado, dos veces; escribí dos cartas, más o menos. Escribí el artículo sobre Sousa Pinto. En la Brasileira, dos veces: le leí al artículo a Ilídio Perfeito. C. Amaro estuvo leyéndome una sección que va a escribir en *Lucha*. Me hizo escuchar, nada más. Alfredo Guimarães leyó

el artículo sobre Sousa Pinto y lo encontró injusto. Escribí una carta a Cortes-Rodrigues y dos a Rebelo. Nada literario. Ilídio Perfeito me invitó a hacer la crítica literaria en su periódico, que saldrá en abril; acepté. Por la noche, en la Brasileira, hablando con Corado. Después, en la Brasileira de Rossio, hablando con Cortes-Rodrigues y Lacerda. A casa. En el despacho recibí una postal de Xavier Pinto.

7/3 (Viernes)

A la Baixa a las diez. En el despacho de Mayer respondí una nota de Álvaro Pinto que había recibido a primera hora, y le envié las pruebas de los sonetos de Cortes-Rodrigues. Durante el día escribí a Cruz Magalhães; a Natal, incluyendo el «Formulario Ortográfico»; a Sá-Carneiro (acabé y envié la carta junto con el primer número de *Teatro*). Hice varios recados para la tía Anica. Fui a la tipografía tres veces para volver a ver las pruebas, pero nunca estaban listas. Me encontré a Cunha Dias, que me dio una entrada para su conferencia —inoportuno porque cae en el mismo día del concierto en el Teatro República. Me dejó dudando, confuso, sin saber a cuál ir. Hablé con Boavida en la calle, me estuvo leyendo un artículo suyo que va a salir en el próximo número de *Teatro*. Aun antes de ir a cenar me encontré a Rebelo en la Brasileira; hablé con él del asunto de Lavado.

No hice ni pensé nada literario. Por la tarde llegaron la carta de Natal y una de Mario Beirão, del 6, desde Ancede.

8/3 (Sábado)

Fui a la Baixa a las doce. Pasé varias veces por la tipografía; a las tres y a las siete, vi las pruebas del artículo; *Teatro* no sale hasta el lunes. En el despacho de Lavado: sólo una carta. No escribí ninguna carta ni tomé notas de nada intelectual. Me enteré de que Cunha Dias había suspendido su conferencia del día nueve en el Teatro Nacional. Por la noche estuve en la Brasileira con Ilídio Perfeito; después, con Cobeira, Barradas y Almada Negreiros. Frases casuales, ni siquiera conmigo (exceptuando algunas frases que, felizmente, aguanté risueño y tranquilo, de Almada, a pesar de que Castañé les había pedido que no dijeran indecencias delante de mí) sacaron el tema del *Marcos Alves*. Por la mañana, la insistencia de la tía Anica sobre la cuestión del empleo, a propósito de un anuncio en el diario *Siglo*, había sacado el otro tema. Dije que respondería al anuncio, y, por la noche, que ya lo había hecho, pero no pensaba contestar. A las doce y cuarto fui a cortarme el pelo y hacerme la barba, y volví a casa. Recibí, por la mañana, una carta de Vila-Moura, y por la tarde, una nota de Cruz-Magalhães sobre los aguafuertes de Bordo Pinheiro.

9/3 (Domingo)

De casa a la Brasileira. Boavida me dio un *promenoir* para el concierto del Teatro de la República. En el concierto hasta las seis. Inferior — me pareció— a la sinfonía de Freitas Branco. Boavida, que estaba después en la Brasileira, y Cortes Rodrigues, con quien había ido al concierto, estaban de acuerdo. Después del concierto, en la Brasileira, estuve oyendo a Eugénio Vieira leerme algunos versos aceptables, un buen soneto. Es curiosa su enorme vanidad, aunque inofensiva. En casa, después de la cena, dormí. Nada literario en todo el día.

10/3 (Lunes)

A la Baixa a mediodía. Dos veces en el escritorio de Mayer. Otras dos en el de Lavado. Después hablé con Lavado sobre el asunto. Por lo que parece, sirve. También estuve en la redacción de *Teatro*, hablando con Freitas. Compró las *Cosas del agua* de Maria Amália Vaz de Carvalho. Es el libro al que atacar esta semana. Volví a empezar la carta a Pascoaes. De noche en la Brasileira. Hablé con Corado y un poco con Fortunato da Fonseca. Volví a casa con Corado, hablando mucho, haciendo psicología sobre Fortunato. Corado estuvo de acuerdo con la definición que hice de él. A casa a la una y media.

11/3 (Martes)

Un día lleno y febril. A la Baixa a la hora de siempre. Me ocupé de algunas cosas de Mário. Al pasar por la Brasileira del Rossio me detuve un rato a hablar con Vitorino Braga, que me contó la pieza. Después me encontré a Garcia Pulido, y, salvo un intervalo, (de las seis y media a las ocho) en el que ni fui a cenar, porque no era demasiado tiempo, hablamos desde las dos hasta las once de la noche. Estuvimos paseando y discutiendo y exponiendo cosas extraordinarias. Nos pusimos de acuerdo para nuestro panfleto «Juego limpio», semanal a poder ser; los dos haremos números alternos. Nos pareció que teníamos un punto de vista común: republicano, antialfonsista, antisocialista.

Por la mañana recibí una carta de Sá-Carneiro. Escribí, muy tarde, una o dos poesías.

12/3 (Miércoles)

Al despacho de Lavado a las diez; y allí hasta las dos. Después hablé con Garcia Pulido para despedirme. El resto del día, nulo. Por la mañana, una postal de Sá-Carneiro.

13/3 (Jueves)

Día perdido, excepto por una sorda acumulación de energía. Despacho de Lavado. Carta en el despacho de Mayer. Después fui a la Brasileira. No fui a cenar hasta medianoche.

Carta de Sá-Carneiro por la mañana. Carta de Natal por la noche.

14/3 (Viernes)

Bajé a las nueve, al despacho de Mayer. Después fui al de Lavado y escribí allí una carta. De noche, en la Brasileira con Corado. Salí de allí con él, hablando de muchas cosas en un paseo largo, hasta Alcântara y vuelta.

15/3 (Sábado)

Durante el día fui a casa de Henrique Rosa; después, al encontrarme con Cortes-Rodrigues, le pasé el encargo que tenía que hacer para Henrique Rosa y la tía Anica, y así acabé con aquello. Llevé a Rebelo al despacho de Lavado. Se acordó que se quedaría y vendría el lunes. Hablé con Alfonso Gaio en la Brasileira. Dijo varios disparates analíticos. De noche, en la Brasileira, hablé con João Correia de Oliveira, después fui con él hasta su casa para recoger *Vida Etérea*. Allí hasta las doce y media de la noche; hablamos muchísimo, una conversación intensa e interesante. Le recité mis versos, que, según parece, le gustaron bastante. Le sorprendió el hecho de que yo fuera poeta.

16/3 (Domingo)

Por la mañana, una nota de António Ferro. Salí de casa poco después de la una. Fui al concier-

to; allí hablé con Cortes-Rodrigues y con un cuñado que me presentó. Después estuve en la Brasileira hablando con Eduardo Graça. De noche, en la Brasileira. Algunas ideas literarias.

17/3 (Lunes)

Bajé a la Baixa temprano para ir al despacho de Lavado a ayudar a Rebelo. Volví, no le hacía falta nada. (No me acuerdo del resto del día). De noche, en casa, encontré una nota de la oficina de Lavado (de parte de Augusto Franco) pidiéndome que fuera al día siguiente a las nueve, porque Rebelo había salido y no volvió. De noche en casa; algunas ideas literarias. Durante el día hablé con varios conocidos.

18/3 (Martes)

A la Baixa pronto; en el despacho de Lavado hasta mediodía. Después estuve en varios sitios (no recuerdo bien lo que hice). En casa, cuando fui a cenar, encontré una carta de Cruz Magalhães, que el lunes había ido al despacho a ver los aguafuertes, y una nota de Rebelo explicándose. Yo les había escrito durante el día, a Rebelo y a Cruz Magalhães, y también a Garcia Pulido, mandándole cuatro poesías de Pessanha.

Algunas pequeñas ideas literarias.

19/3 (Miércoles)

A la Baixa temprano, con Mário, a la notaría de E. Silva, como testigos de un poder; no se hizo, pero sí se hizo una apertura de señal. En la redacción de *Teatro*, Boavida Portugal me presentó a Manuel António de Almeida; recité versos de Pessanha, y hablé bastante. Él es un conversador pobre y un hombre delicado. A los despachos de Lavado y de su hermano; cartas en ambos. En la Brasileira, hablando con Torres Abreu e Ilídio Perfeito. Por la mañana recibí una postal de Sá-Carneiro. Por la noche, en casa. Escribí una postal a Cruz Magalhães. Pocas ideas...

20/3 (Jueves)

A la Baixa a eso de la una. Estuve en los despachos de los dos hermanos, en el de la Rua Augusta tenía una carta que escribir. En el despacho de Mayer escribí, casi entera, una carta a Sá-Carneiro. Fui a la exposición de Almada Negreiros y a la redacción de *Occidente*; a ésta, por un encargo que me había pedido José Correia de Oliveira. Un día de depresión absoluta y mortal. En casa, por la noche. Acabé la carta para Sá-Carneiro. Hice algunos apuntes literarios. Recibí, de noche, la carta de Natal (en respuesta a la que le narraba el suceso inmoral) y una de Álvaro Pinto en relación a la suscripción para Gomes Leal.

21/3 (Viernes)

Como he estado varios días sin mirar este diario, no me acuerdo de lo que hice el viernes, sólo de que no fui a los despachos de los Lavados, sólo al de Mayer. Estuve mucho tiempo hablando con Rui Coelho, entusiasmado al oírle describir su obra, ahora patriótica.

23/3 (Domingo)

Casi todo el día en el despacho de Mayer. Escribí gran parte de la sinfonía de las carabelas. Apunté algunas otras cosas. Escribí (con fecha del 20) la carta para Natal. Por la noche, en casa. Durante el té, de repente, sentí que perdía el conocimiento, y casi me desmayo. (A las cinco menos diez nació la pequeña de Mário).

24/3 (Lunes)

Todo el día en la Baixa, desde las dos hasta las once y media de la noche. En el despacho de Lavado de día; fui allí a las diez de la noche y ya no estaba. Durante el día, de cinco a ocho aproximadamente, escribiendo unas siete u ocho estrofas del *Epithalamium* (en inglés). Después en la Brasileira, con João Correia de Oliveira. Finalmente, al volver a la Brasileira, fui a hablar otra vez con João Correia de Oliveira, a su casa. Conversamos hasta las once y media. Iba allí para pedirle quinientos reales, pero no me atreví, viendo

que él se tomó la visita, desde el primer momento, como un gesto de cortesía.

Cené en el restaurante Pessoa.

Cuando volví de cenar me encontré con Rebelo, para quien quería escribir, hace ya tiempo, una disertación. No la necesita hasta pasado mañana. Por la mañana recibí una nota de Álvaro Pinto.

Me encuentro muy débil y mareado, aunque poéticamente excitado.

25/3 (Martes)

(Han pasado varios días sin que le preste atención a este diario). De este día no me acuerdo.

26/3 (Miércoles)

De este día apenas recuerdo que estuve todo el día con Garcia Pulido, al que me había encontrado en la Brasileira del Chiado. Hablé muchísimo con él. Le leí (a él y a Lacerda) el *Hombre de los sueños* en el Martinho. Después estuve en la Brasileira hablando con Ilídio Perfeito, un seguidor de Castelo Branco, al que me presentó; después con Anahory y João Correia de Oliveira. A casa a eso de las doce y cuarto de la noche. Algunas ideas literarias, a veces interesantes.

27/3 (Jueves)

Salí de casa pronto. Almorcé en el restaurante

Pessoa gracias a un préstamo de João Correia de Oliveira. Después fui a encontrarme con Garcia Pulido en la Brasileira del Rossio. Debido a la llegada de algunos individuos propietarios, la conversación, pasando por la ley de contribución urbana, acabó siendo absolutamente depresiva. Después, saliendo de allí con Pulido, estuvimos dándonos fuerza, dolorosamente, para la lucha. Despacho de Lavado, dos cartas. Después en la Brasileira con Torres Abreu. Vine al despacho de Mayer y me quedé, mientras caía una lluvia tremenda, hasta las siete y media. Escribí a la tía Lisbela para Natal (poniendo fecha del 25). Fui a la imprenta a intentar conseguir una pieza para la máquina. Salí de allí a las ocho y cuarto. Sólo estaban Boavida y su grupo. Por la noche, en casa. Dormí de un tirón desde las diez hasta el día siguiente, pero fue un descanso triste, lleno de sueños, físicamente doloroso.

28/3 (Viernes)

Excluido por retraso y olvido.

29/3 (Sábado)

Excluido por retraso y olvido.

30/3 (Domingo)

En casa hasta las dos. Desde las dos y media hasta las cuatro y media en casa de António Ferro,

oyéndole leer piezas teatrales; leyó dos. Después a la Baixa con él. Fui a la Brasileira, estuve hablando con Rajanto, después con Coelho. Salí y fui a cenar con Coelho. Prometió conseguirme para el fin de semana cien mil reales para mi viaje a Inglaterra y treinta mil para mi viaje al Algarve. Después (de ocho y media a nueve) fui a la Brasileira y estuve allí hasta que salí con João Correia de Oliveira. Fui a su casa y hablamos (incluyendo más o menos media hora con António Guimarães) hasta las doce y media. Me fui a casa.

31/3 (Lunes)

A la Baixa, no muy tarde. A mediodía me encontré a Coelho; estuve con él, dando vueltas en coche hasta las seis; no fui a los despachos de los Lavado. Coelho me prestó dos mil reales. A casa.

1/4 (Martes)

Fui a Santo António dos Capuchos a recoger el dinero para la tía Rita. Recibí cinco mil reales más tres mil por Pascua, que decidí no entregar porque nadie sabía que habían llegado. Después fui al despacho de Lavado, donde escribí diez cartas, después al de F. Lavado, donde escribí una. En el despacho de Mayer escribí otra. A casa. De noche fui a la Brasileira. Estuve en casa de João Correia de Oliveira hasta las dos de la

madrugada. Le leí *Bailado*, de Sá-Carneiro; ni a él ni a mí nos gustó mucho. Él me leyó una cosa interesante.

Por la tarde se había dejado ver la tensión entre João Correia de Oliveira y António Cobeira.

2/4 (Miércoles)

A la Baixa pronto. De camino a la Brasileira me encontré a Luciano de Araujo, que estaba allí, y me presentó a Albino de Meneses y a Correia Dias, que estaban en la exposición de Almada Negreiros. Allí recibí los catálogos que me había prometido. Después fui con Luciano, bajo la lluvia, al Arsenal del Ejército. Me dijeron que fuera al día siguiente. Volví. Fui a almorzar a casa Pessoa. Después estuve en el despacho de Lavado, donde escribí unas cartas. Al salir me encontré a Santa-Rita, y fuimos hasta la Brasileira, donde estuvimos hablando con Almada Negreiros (siempre exageradamente gamberro) y Castañé. Vine al despacho de Mayer, escribí una carta para Natal con fecha del día 1. Por la noche fui a la Brasileira. Allí me presentaron a un muchacho, un tal António Alves; después estuvieron un chaval que no conozco, ordinario, y don Tomás de Almeida, a quien no conozco más que de vista, y que habló continuamente; tiene una gracia obscena, pero, al final, dolorosamente irritante.

3/4 (Jueves)

Recibí la *Vida Portuguesa* con el correo de la mañana. Salí de casa a las doce y media. Fui a los distintos despachos. Fui al Gremio Literario a las cuatro, con Valério y Rui Coelho para oír la primera conferencia de *Teatro*, que, al final, no llegó a pronunciar. Después estuve hasta las seis paseando con Valério y Rui Coelho. Rui Coelho va a poner música a mi poesía «Oh, naves», que le gustó mucho, mientras que *Los pantanos* le horrorizó. De noche dormí, desde después de la cena.

4/4 (Viernes)

Por la mañana recibí carta de Mário de Sá-Carneiro. Me extrañó no recibir carta del Algarve ni de Pinto. Fui al Arsenal del Ejército y hablé con el Mayor Santos. En el despacho de Lavado preparé algunas cartas. En la redacción de *Teatro*, un rato. De noche estuve en la Brasileira y en casa de João Correia de Oliveira, hablando mucho.

5/4 (Sábado)

Por la mañana, junto al *Mercure de Francê* que me envía Sá-Carneiro, recibí dos cartas de Pretoria, terribles, una de ellas de Henriqueta. Estuve todo el día atormentado, con una preocupación enorme por culpa de estas cartas. Una tortura pavorosa, un callejón espiritual sin salida. Fui a los tres despachos, escribí cartas en los dos de

los Lavado; tuve varias cosas que hacer, las cumplí, a pesar de que estuve todo el día desorientado. De noche estuve en casa; me acosté a las diez, leí un poco en la cama. Algunas ideas literarias, sobre todo para *Marcos Alves*. Escribí una nota para Álvaro Pinto.

6/4 (Domingo)

Salí de casa cerca de la una y media, y llegué, pasando antes por la Brasileira, al despacho de Mayer. Estuve en el despacho hasta las nueve, intentando escribir el artículo para *El Águila*^{*}, pero no lo conseguí. Volví a casa con A. J. Costa; volvía corriendo, sobre todo porque no había cenado. Algunas ideas literarias.

7/4 (Lunes)

Por la mañana recibí una nota de Álvaro Pinto, le respondí por la noche. Estuve en los despachos de los dos Lavado y en el de Mayer. Fui hasta el Arsenal del Ejército para hablar (en nom-

^{*} *N. del T.* Revista *El Águila* [*A Aguia*]: Revista literaria que se constituyó como el órgano de expresión del movimiento *Renasçensa Portuguesa*, en el que Pessoa participó durante algunos meses, hasta que la negativa recibida ante la propuesta de publicación de *El marinero* le llevó a una ruptura que ya se anunciaba por las malas relaciones del autor con los demás componentes del grupo.

bre de Mayer) con el Mayor Santos. Por la noche, en la Brasileira.

8/4 (Martes)

Escribí a Mário Beirão, acabé la carta para Natal (por la mañana recibirá una carta de Mário Beirão). Acabé y envié el artículo para *El Águila*. Hablé con varias personas a lo largo del día (sobre todo con Valério). Fui a los despachos de Lavado y de Mayer. Por la noche, en la Brasileira, estuve hablando con Corado y fui a su casa con él. Estuvimos charlando un poco. No recuerdo que tuviera idea literaria alguna digna de mención. (La tuve. Tuve la idea para el ensayo sobre el problema religioso).

9/4 (Miércoles)

Fui a la Baixa a las diez. Escribí una postal para Pinto y continué la carta para Sá-Carneiro. Fui dos veces al Arsenal del Ejército. Parece que, por fin, la segunda vez se arregló algo. Tres veces en el despacho de Lavado, nada que hacer. Preparé dos cartas en el de F. Lavado. No cené. Estuve por la noche en la Brasileira hablando con Valério. Rui Coelho me presentó a João Amaral. Me encontré a Albino de Meneses y fui con él hasta el Largo de Santa Bárbara, hablando mucho. Una o dos ideas literarias, de segundo orden.

3/5 (Sábado)

Recibí una nota de Álvaro Pinto con fecha del 30 de abril. Fui a las nueve al escritorio de Lavado; estuve allí hasta mediodía. Escribí unas seis o siete cartas. A casa a comer. A la Baixa, al despacho de Mayer. Acabé la carta a Sá-Carneiro, la carta a Natal, y escribí notas insignificantes a [—]

NOTAS PERSONALES

He dejado atrás el hábito de leer. Ya no leo nada, excepto periódicos, ocasionalmente, literatura ligera y algún que otro libro de apoyo para las cuestiones que pueda estar estudiando y en los que la mera argumentación pueda ser insuficiente.

El modelo literario como tal lo he olvidado, prácticamente. Podría leer por aprendizaje o placer. Pero no tengo nada que leer, y el placer que se desprende de los libros es de tal clase que puede ser sustituido provechosamente por el que el contacto con la naturaleza y la observación de la vida pueden ofrecerme directamente.

Ahora poseo plenamente las leyes fundamentales del arte literario. Shakespeare ya no puede enseñarme a ser sutil, ni Milton a ser íntegro. Mi intelecto ha adquirido una versatilidad y un alcance tales que me capacitan para asumir cualquier emoción que desee y entrar, según mi voluntad, en cualquier estado mental. En la dirección hacia lo que siempre es una lucha y una angustia, la integridad, no hay libro que pueda prestar ayuda.

Esto no quiere decir que me haya sacudido la tiranía del arte literario. No he hecho sino asumirlo manteniéndolo sumiso a mí mismo.

Siempre tengo un libro cerca: *Los papeles póstumos del club Pickwick*. Ya he leído varias veces los libros del señor W. W. Jacobs. El declive de la novela policíaca ha cerrado para siempre una puerta que se me abría en la escritura moderna.

He dejado de interesarme por la gente meramente inteligente; Wells, Chesterton, Shaw. Las ideas de estos personajes son similares a las de muchas personas que no escriben; la construcción de su obra es una suma nula.

La sociología es una absoluta estupidez; ¿quién podría soportar este escolasticismo en nuestro actual Bizancio?

Todos mis libros son obras de referencia. Sólo leo a Shakespeare para consultar la problemática de Shakespeare. Lo demás ya lo conozco.

He descubierto que la lectura es una forma de soñar esclavizada. Si he de soñar, ¿por qué no soñar mis propios sueños?

La pérdida de contacto con los detalles del entorno es un hito para el artista literario, cuya misión es representar el conjunto, no los detalles, de dicho entorno.

Antiguamente, yo sabía leer. Hoy, cuando leo, me pierdo.

La metafísica —caja para contener el infinito— siempre me hace pensar en aquella definición de caja que un día oí en la boca de un crío. ¿Sabes lo que es una caja?, le pregunté, ya no recuerdo porqué. Sí lo sé, señor, me respondió, es una cosa para guardar cosas.

Actué siempre hacia dentro... Nunca he tocado la vida... Siempre que yo esbozaba un gesto, acababa en un sueño, heroicamente,... Una espada pesa más que la idea de una espada... Dirigí grandes ejércitos, vencí grandes batallas, disfruté grandes derrotas; todo dentro de mí. Disfrutaba paseando solo por las alamedas y por los largos pasillos, dando órdenes a los árboles y a los retratos de la pared... Por el largo pasillo que hay en el palacio he paseado muchas veces con mi prometida... Nunca tuve una prometida real... nunca supe cómo se ama... Sólo supe cómo se sueña amar... Si me gustaba ponerme anillos de mujer en mis dedos es porque a veces me gustaba tomar mis manos de joven por las manos de una princesa, y pensar que yo era, al menos en ese gesto de mis manos, la persona a la que amaba... Un día acaba-

ron por encontrarme vestido de reina... y es que estaba imaginando que era mi regia esposa... Me gustaba ver mi rostro reflejado porque podía imaginar que era el rostro de otra persona; porque tenía rasgos femeninos, y es que era de mi amada el rostro del reflejo... ¡Cuántas veces mi boca rozó mi boca en un espejo! Cuántas veces aparté una de mis manos con la otra, y cuántas adoré mis cabellos con mi mano enajenada para que pareciera suya al tocarme. No soy yo el que te está diciendo esto... es el resto de mí quien está hablando.

Me detengo a veces, entre la vida que va y viene, aíslalo el espacio del decurso. Y el asombro que todo me provoca se abalanza sobre mí.

Hay otros momentos en los que parece que el universo, de repente, se representa mal y hace el papel de otro, en los que me parece oírle, súbitamente, con otra voz, sorprenderle por un segundo en otro gesto, como una cortina que el viento agita y, por un momento, deja ver una imagen de algo desconocido e inesperado...

Me asedia un vacío absoluto de fraternidad y de afecto. Incluso los que están cerca de mí no lo están, estoy rodeado de amigos que no son mis amigos y de conocidos que no me conocen.

Siento frío en el alma, no sé cómo protegerme. Para el frío del alma no hay manta ni cava. Quien no siente no olvida.

¿Quiere esto decir que no tengo verdaderos amigos? No, los tengo; pero no son mis amigos verdaderos.

Ay de aquellos que han sido tocados por lo trascendental y a quienes todo les duele por frío, inexpresivo y distante.

No hablo con los demás.

Es realmente duro tener que estar todos los días *at home* a la hora de la Estupidez y tener que distraer esta estupidez con el té de la banalidad y los bollos de la transigencia.

El hecho es que esto de sentirse enterrado vivo es muy desagradable. ¡Y es que la tapa del cajón de las convenciones está muy bien soldada! Algunas personas, a pesar de todo, sienten la necesidad de golpear esa tapa, aunque no consigan nada más que machacarse los dedos. Y además no está herméticamente cerrada: se puede respirar lo suficiente para darse cuenta de que no se puede respirar.

(Para emborracharse hasta no poder más).

Estoy cada vez más solo, más abandonado. Poco a poco se rompen todos mis lazos. Dentro de poco me quedaré solo.

Mi peor dolor es que no consigo olvidar nunca mi presencia metafísica en la vida. De ahí la timidez trascendental que atemoriza todos mis gestos, que quita a todas mis frases el espíritu de la sencillez, de la emoción directa.

Entre yo y el mundo hay una niebla que impide que vea las cosas como verdaderamente son; como son para los otros.

Esto es lo que siento.

¡Sufriré para siempre el Infierno de ser Yo, la Limitación Absoluta, el Ser-Expulsión del Universo lejano! Seguiré sin ser ni Dios, ni hombre ni mundo, un simple vacío-persona, infinito consciente de Nada, terror sin nombre, exiliado del misterio en sí mismo, de la propia vida. Habitaré eternamente el desierto muerto de mí mismo, error abstracto de la creación que me dejó atrás. Arderá en mí, eterna, inútilmente, el ansia estéril del regreso al ser.

No podré sentir porque no tendré materia con la que sentir; no podré sentir alegría ni odio

ni horror, porque no tendré la facultad para hacerlo, conciencia abstracta en el infierno de estar vacío. ¡No-Contenido Absoluto, Asfixia absoluta y eterna! Vacío de Dios, sin universo.

Un grito unánime de horror se abrió entre nosotros como si fuera una única voz. Al morir, él desapareció, y sólo desapareció el Hombre, la silueta, el ser.

¡En el aire, en el espacio, en lo que está más allá, mi ser faltaba!

No hago visitas, ni estoy en contacto con ningún tipo de sociedad, ni de cafés ni de salones. Hacerlo sería sacrificar mi unidad interior, entregarme a conversaciones inútiles, hurtarle el tiempo, si no a mis pensamientos y a mis proyectos, a mis sueños, que siempre son más hermosos que la conversación ajena.

Me debo a la humanidad futura. Lo que malgasto en mí lo malgasto del divino patrimonio posible de los hombres del mañana; disminuyo la felicidad que puedo darles y me disminuyo a mí mismo, no sólo ante mis ojos reales sino también ante los ojos posibles de Dios.

Esto no puede ser así, pero siento que es mi deber creerlo.

Pertenezco a una generación que aun está por venir, cuya alma realmente ya no conoce la sinceridad y los sentimientos sociales. Por eso no comprendo cómo queda un ser descalificado ni cómo lo percibe ese ser. Está vacío de contenido, todo lo que se refiere a las conveniencias sociales. No *siento* lo que es el honor, la vergüenza, la dignidad. Para mí son, como para todos los de mi elevado nivel nervioso, palabras de una lengua extranjera, como un simple sonido anónimo.

Al decir que me descalifican yo sólo comprendo que están hablando de mí, pero el sentido de la frase se me escapa. Asisto a lo que sucede en la distancia, sonriendo ligeramente ante las cosas que suceden en la vida. Hoy día no hay nadie que sienta esto, pero algún día alguien lo podrá comprender.

Nunca tuve ideas sobre cualquier asunto sin que inmediatamente quisiera tener otras.

Siempre me pareció hermosa la contradicción, al igual que el de creador de anarquías me pareció siempre un papel digno para el intelectual, puesto que la inteligencia desintegra y el análisis atrofia.

Siempre procuré ser un espectador de la vida sin involucrarme en ella. De este modo, asisto a esto que está sucediéndome, como un extraño,

con la salvedad de que extraigo de los vulgares hechos que me rodean una voluptuosidad amarga.

No guardo ningún rencor a quien provocó esto. No tengo rencores ni odios. Esos sentimientos pertenecen a quienes tienen una opinión, o una profesión, o un objetivo en la vida. Yo no tengo nada de eso. Tengo, en esta vida, el interés de un descifrador de locuras. Me detengo, la descifro, y sigo adelante. No pongo en ello ningún sentimiento. Pero no tengo principios. Hoy defiendo una cosa, mañana la contraria. Pero no creo en lo que defiendo hoy, ni tendré fe mañana en lo que esté diciendo. Jugar con las ideas y los sentimientos siempre me ha parecido más altamente hermoso. Trato de hacerlo en la medida en la que soy capaz.

Nunca me había sentido descalificado. ¡Cuánto le agradezco que me haya suministrado ese placer! Es una voluptuosidad suave, como algo lejano...

No nos entienden, lo sé demasiado bien...

El paulismo es, como dijo João Correia de Oliveira, una *intoxicación de la artificialidad*.

Es el rol de Guilherme de Santa Rita en este asunto. Un pobre crío en el que el artificio disminula la falta de verdadera originalidad. Audaz, como todos aquellos que no pueden ser otra cosa que llame la atención legítimamente.

El paulismo es el culto insincero de la artificialidad.

Hay tres formas de ser artificial: 1, cultivando la artificialidad como filosofía — como en el caso de Oscar Wilde; 2, haciendo ver que uno es o admira cualquier cosa muy vil, cínica, criminal, violenta; 3, pretendiendo estar loco y encontrando la gracia en un pensamiento pretendidamente desequilibrado.

No hay en ninguna obra mía, hecha en serio y con idea de grandeza, ni una sola frase paulista.

Necesidad de disminuir el espacio paulista.

El culto de las cosas secundarias.

Puesto que todo lo que es grande causa asombro, aquél que es artificial pretende asombrar para dar la impresión de ser grande.

Puesto que todo lo que es nuevo irrita, aquél que es artificial quiere irritar. Pero, además de lo nuevo, hay otra cosa que también irrita: es lo absurdo, lo meramente irritante. Confusión.

Puesto que para abrir un nuevo camino al arte hay que ser audaz, aquél que es artificial se limita a ser audaz, sin tener ningún motivo espiritual para serlo.

Se produce así una inversión del elemento psíquico.

21-11-1914

Hoy, al tomar de una vez por todas la decisión de ser Yo y vivir a la altura de mí mismo, y, por esto, despreciar la idea de la llamada, de la plebea socialización, del Interseccionismo, alcancé otra vez, súbitamente, al volver de mi viaje de impresiones por los otros, la posesión plena de mi Genio y mi Misión. Hoy sólo me quiero tal y como mi carácter innato quiere que sea, como mi Genio, nacido con él, me exige que sea.

Actitud entre las actitudes, escogeré la más noble, la más alta y la más serena. Posesión entre posesiones, escogeré la posesión de lo que soy.

Nada de desafíos a la plebe, nada de fuegos de artificio para la carcajada o la irritación de los inferiores. La superioridad no se enmascara de payaso; sino que se viste de renuncia y de silencio.

El último rastro de la influencia de los demás en mi carácter acabó con esto. Recobré, al sentir que podía y que iba a dominar el deseo, intenso e infantil, de «lanzar el Interseccionismo», la posesión de mí.

Un rayo me ha deslumbrado hoy de lucidez. He nacido de nuevo.

Perspectivas de esto: Mi desenvolvimiento intelectual llega a la aptitud.

Mi sentimiento social alcanza su punto de equilibrio.

Mi estudio genealógico.

Acabaron las grotescas intenciones de levantar una *Europa*; volvió a mí el deseo de ayudar y colaborar con *Renascença*, porque para el anarquismo intelectual, social, que hay en mí, éste es el camino.

Será allí donde pueda actuar sobre la patria. Y desapareció mi último impulso de ser hombre de acción (¡Comercial, otra vez!; sería el final, inútil, del desastre que la tipografía* ha inaugurado). Tomo conciencia de mi papel social, político, intelectual, de lo que puedo y debo hacer. Mi susceptibilidad ante las impresiones me había llevado

* *N. del T.* La tipografía: En 1907 Pessoa había recibido una herencia familiar y decide invertirla en una imprenta en Portalegre, con resultados económicamente nefastos.

demasiado lejos. Felizmente, todo evitó que la realizase, y así tuviera que arrepentirme.

(Tenía razón la tía Anica cuando me decía que no me dejara llevar por los otros; ella lo decía en otro sentido, no en éste, pero también, un poco, en éste).

II. A partir de ahora, voy a intentar estudiar, trabajar, producir. Mis angustias espirituales continuarán en muchos aspectos, pero en uno de ellos van a acabar: en la búsqueda de mí mismo, que, en la esencia de todo, me tenía inquieto, por que no me encontraba.

Marinetti, y todo eso; el gran jefe de los *clowns*, nada más...

Asociarme menos a los demás.

Que Dios me acompañe.

¿Debo frecuentar la sociedad? ¿Seek love?

Parece que se hubieran ausentado la Dispersión, la sumisión y la flaqueza.

Cuesta mucho, como a un creyente que quiera ser sacerdote abandonar a su prometida. Pero, al mismo tiempo, se da la alegría enorme de la liberación.

Además de esto, teniendo en cuenta mi grandeza, mi actitud plebeya sería un ejemplo dañino.

La guerra, contraponiendo su seriedad a la frívola futuribilidad, ¿podría influir en ella?

Carta a Cortes-Rodrigues.

Es Cortes-Rodrigues, de entre todos ellos, el que mejor y más dentro me comprende. Decírselo.

Pero, ¿no podría quedar el Interseccionismo como una cosa delicada (segundo manifiesto), seria, y con él la antología? Comprobar esto.

El Interseccionismo es, en primer lugar, *una aproximación de otras personas*, el revuelo de una escuela que yo asumí, recibiendo sobre mí los silbidos de la escuela de los otros.

1904-1905: Influencia de Milton y de los poetas ingleses de la época romántica: Byron, Shelley, Keats y Tennyson (también, un poco más tarde, Edgar Poe, el *cuéntista* en primer lugar). Ligeras influencias, también, de la escuela de Pope. En prosa, Carlyle. Restos de influencia de subpoetas portugueses leídos en la infancia. En este período el orden de las influencias fue, más o menos: 1, Byron; 2, Milton, Pope y Byron; 3, Byron, Milton, Pope, Keats, Tennyson, y, ligeramente, Shelley; 4, Byron, Milton, Keats, Tennyson, Wordsworth y Shelley; 5, Shelley, Wordsworth, Keat, Poe.

1905-1908 (final): Edgar Poe (ahora en poesía), Baudelaire, Rollinat, Antero, Junqueiro (en su parte anticlerical), Cesáreo Verde, José Duro, Henrique Rosa.

1908-1909 (final): Garret, António Correia de Oliveira, António Nobre.

1909-1911: Los simbolistas franceses, Camilo Pessanha.

1912-1913: 1, el saudosismo; 2, los futuristas.

Uno de los pocos entretenimientos intelectuales que todavía le quedan a lo que queda de intelectual en la humanidad es la lectura de novelas policiales. Entre el número reducido y áureo de horas felices que la Vida me permite, algunas de las mejores del año son aquellas en las que la lectura de Conan Doyle o Arthur Morrison absorbe mi conciencia por completo.

Un volumen de estos autores, un puro de a 45 el paquete, la idea de una taza de café, trinidad cuya unión es el conjugar de la felicidad para mí; mi felicidad se condensa en esto. Y es que una criatura con sentimientos estéticos e intelectuales no puede aspirar a mucho más en el medio europeo actual.

Tal vez sea para ustedes motivo de asombro no el hecho de que tenga a estos autores por mis escritores predilectos, sino que así lo afirme.

No sé quién soy, qué alma tengo.

Cuando hablo con sinceridad, no sé, con sinceridad, de qué hablo. Soy distintamente otro diferente de ese yo que no sé si existe.

Siento que no tengo creencias. Me arrebatan ansias que rechazo. Mi perpetua atención a mí mismo me muestra continuamente traiciones de

espíritu a un carácter que tal vez no tenga, y que ese espíritu no cree que tenga.

Me siento múltiple.

Soy como un cuarto con innúmeros espejos fantásticos que deforma, convirtiendo en reflexiones falsas, una realidad que no está en nadie y está en todos.

Al igual que el panteísta se siente onda, astro y flor, yo me siento varios seres. Siento que vivo vidas ajenas, en mí, incompletamente, como si mi ser participase de todos los hombres, incompletamente, individualizado en una suma de no-yoes que se sintetizan en un yo simulado.

Actuar es intervenir. Un brazo que se extiende y ocupa espacio se convierte, de este modo, en una escultura metafísica. Nunca pude dejar de dar a este hecho una importancia alada sobre lo cotidiano.

Nunca vi en mí más que una romería de inconsciencias para el otoño de mis intenciones. Las largas horas que he pasado en la orilla de mi transcurrir han causado en mí un río sobre la existencia.

Con mis pasos tiembla la luz de las estrellas. Un gesto de mi mano, que me oculta la luna durante un instante, demuestra, con mi asombro, todo lo que realmente puede significar. De estos pensamientos, que se hicieron domésticos y coti-

dianos para mi susceptibilidad, surgió en mi espíritu la idea de naufragio en el puerto. Siempre me pareció que ser era atreverse, que querer era arriesgar. La inercia me supo a santidad, y la carencia de voluntad, a buenas costumbres. Construí así una moral burguesa del pensamiento, un cuidado de la decencia y de la comodidad a través de respeto del misterio. La exagerada consciencia, que siempre estuvo en mí, de mis momentos, me dolió siempre como misterio y divinidad. Nunca me comprendí, sobre todo cuando me sorprendí viviendo las inconsciencias de mis instintos y la vulgar conmoción de mis reflejos nerviosos.

Si pudiera dedicarme a cualquier cosa —un ideal, un canario, un perro, una mujer, una investigación histórica, la imposible solución de un inútil problema gramatical...— entonces, sí, tal vez, sería feliz. Pero nada es una cosa para mí excepto las ficciones de mis sueños, y esas son cosas por derecho propio. Incluso cuando tengo el placer de soñarlos, siento la amargura de saber que los estoy soñando.

Pensé, durante algún tiempo, dedicarme al estudio exhaustivo de los Cuatro Evangelios. Leí con entusiasmo un libro sobre el tema que había comprado en un arrebató. Encargué otros, los esperé con ansiedad. Cuando llegaron no los leí.

Noviembre de 1915

1. Día de contrariedades *constantes*, nimias.

2. Un día con menos contrariedades, las del día 1 se van apagando. Tormenta leve. Imposible traducir un trabajo al que debía dedicarme. Una cosa: escribir unas páginas de sociología. Por la mañana, hasta cerca de las dos, enorme lucidez intelectual e intuición razonada.

3. Un día bastante bueno; empezó con la recepción de la nota de J. Lane (insignificante pero agradable); A. Sousa, sin que se lo hubiera pedido, me dio los diez dólares; sólo pude trabajar un poco, a pesar de todo, en parte porque tenía muchas cartas en la oficina. Además *leí bien* por la noche. Por la noche, James. Dolor de estómago casi todo el día, desde el desayuno hasta poco después de la cena.

4. Un día ni bueno ni malo. Trabajé muy bien, traduje veintitrés páginas. En conjunto,

tranquilo, lo que no está mal. Lo único malo era que el día estaba lluvioso, y mi propia angustia porque hubo un trueno.

5. Día monótonamente agradable. Tormenta por la noche, pero estaba en casa y no hubo muchos truenos; apenas me afectó. Terminé la traducción.

6. Ídem. Recibí dinero por la traducción. Truenos por las noches, pero igual que lo dicho más arriba. Imaginé que iba a tronar y no fui a Estrela. Actividad mental por la noche.

7. Día tranquilo. Agradable. Tranquilo en casa. Buena actividad mental por la tarde.

8. Mañana desagradable; dudas sobre las cosas de Estrela; me consolé con el pensamiento astrológico de que no podría sucederme ningún daño real. Lluvia, pero llevaba chubasquero. Febril por la tarde. Por la noche visité a la tía Lisbela (había recibido su mensaje por la tarde); su presencia es una buena noticia.

9. Día lucrativo. Por la mañana desayuné con Pires de Lima y le escuché recitarme varios buenos poemas. Por la tarde, donde Franco, gané dos dólares. Llegaron algunos libros ingleses a la Librería Inglesa.

10. Día desperdiciado; no hice nada de lo que se supone que iba a hacer. Pero no desagradable. Acabé en el hotel de la tía Lisbela y después en la Brasileira.

11. Un día no demasiado agradable ni desagradable, aunque poco provechoso.

12. Día sin carácter, más desagradable que otra cosa. Hice una cosa estúpida e impulsiva al comprar un libro que me dejó casi sin dinero. Fui al despacho de Franco para preparar una única carta...

13. También sin carácter, más agradable que desagradable.

14. Bien hasta la una. Después desayuné, con las ideas bastante difusas en mi cabeza; más claro desde las cuatro hasta la seis, con conversación agradable. A las seis me encontré con V. B., su mujer, Pacheco y Almada. Desde allí fui a la exposición de fotografías; la idea era desagradable, pero al final pasamos un buen rato. Fui a casa con Pacheco, muy agradable. En casa, sin cenar porque no tengo dinero; pero apenas me preocupé, porque había tomado un poco de vino en la exposición de Pedro de Lima. Durante el día, crea-

ción literaria rápida e inesperada (panfleto de António Gomes sobre la Universidad de Lima, fragmentos); por la noche, en la cama, dificultad para dormir, debido a la excitación mental, sentimiento agudo de *angoisse*. Me dormí a la una, a pesar de todo, después de llegar a casa a las nueve y haberme acostado a las diez.

15. La mañana empezó con una pequeña decepción: respuesta negativa de Guimarães & Co. (aunque bueno porque el panfleto está incompleto). El día siguió de forma más bien agradable, con ciertas sospechas, pequeñas (pero subjetivas) de escasa importancia. Entre las dos y las cuatro de la tarde recibí inesperadamente un dólar y medio de Lomelino por mecanografiar sus traducciones. El día acabó bien, en el hotel con la tía Lisbela; estaba de excelente humor y con ganas de hablar, y decididamente, fui bien recibido por ella y por su sobrina, claramente. En la madrugada del 16 (aproximadamente entre las dos y las cinco) gran excitación mental, ideas filosóficas excelentes e importantes, que completan, en parte, mi sistema. Físicamente incómodo, flatulencia. Mezcla de megalomanía e ideas religiosas (no afectaron en absoluto a mi lucidez). Me dormí a las cinco y media, hasta aproximadamente las once del día 16. Esta parte de la noche fue destacable para la actividad mental. Al volver a casa, alrededor de las once y

media de la noche, había tenido «temores espirituales» ligeramente angustiosos.

16. Me levanté tarde, cerca de las once, como he dicho arriba. Hasta cerca de las cuatro estuve más o menos atontado por culpa de esto. En el despacho, buenas noticias: han llegado las *últimas* pruebas de *Ideales Teosóficos*: así se responde la pregunta de la tía Carolina. Estas pruebas, inesperadas, me cansaron. No pude recibir dinero esa tarde, sin embargo, ya que, por fuerza, había llegado muy tarde. Le leí Caeiro y R. Reis a Raul Leal, y pareció gustarle mucho: buenos momentos. Estuve dando vueltas con Brito, hablando de *Orpheu* sin demasiado interés. Cené a las nueve y media. A casa inmediatamente después. Fumé mucho menos, por voluntad y por el *efecto natural* del tabaco. En conjunto, un día agradable. (Por la mañana, además de la alegría de las pruebas, también tuve noticias agradables en la carta de Sá-Carneiro, en lo que se refiere a Hermano Neves).

17. Un día en parte agradable y en parte desagradable. Recibí diez dólares y me calé los pies por culpa de la lluvia. Pero sin consecuencias. Tuve que comprar un paraguas, contra mi voluntad.

18. Día más agradable que desagradable. Noche social, agradable. Día bastante vacío. (Tengo

la tentación de no devolver los cinco dólares a la tía Carolina).

19. Día *perdido*; una cadena de pequeñas cosas desagradables, algunas de las cuales alcanzaron mi vieja sensibilidad. Fui al despacho de Franco y no hice ninguna carta. Estuve todo el día (hasta las nueve de la noche) más o menos atontado. Escuché una observación desagradable (aunque trivial) sobre mí de un amigo (no me la había dicho a mí). Acabé la noche, al principio, con la tía Lisbela, después, con Ramos, Vilhena y Santa-Rita; fue más agradable que desagradable. He recibido dinero para la tía Rita; no ha recibido parte del dinero (el cambio) que tenía que entregarle (aunque no se ha notado la falta). No fue desagradable.

20. Día vacío, del tipo *perdido*, más agradable que desagradable.

21. Lo mismo que el anterior.

22. Lo mismo; bastante agradable, sobre todo por la noche, cuando estuve muy lúcido y locuaz. *Por la noche*, en estado de semiconsciencia, James.

23. La misma clase de cosas. Trabajé un poco en la traducción. El mismo arreglo financiero.

24. Empezó como los anteriores, pero mejoró por la tarde (entre las tres y la cinco), cuando Franco me pagó un dólar. La noche fue simplemente plácida; ideas lúcidas. Pero al volver a casa (alrededor de las diez y media) sentí una considerable depresión y un deseo de expresarla a través de la escritura, pero fui incapaz de hacerlo.

25. Me levanté con molestias en la garganta, pero se pasó. Un día perdido pero no desagradable, excepto en la medida en la que sé que se ha perdido.

26. Un día muy particular, *místico*. Me encontré a César Porto. Conocí casualmente (o, mejor dicho, volví a conocer, pero mejor esta vez) a Juan de Nogales en la Librería Montero, un hombre de inclinaciones similares a las de Orpheu, etc. Perdí todo el tiempo que iba a usar para traducir. Tuve, a lo largo del día, tres ataques de una variación muy particular del vértigo, de un *modo físico abstracto*, pero estuve todo el día lúcido. Fumé mucho y bebí mucho café. Mário me pasó algo de dinero, que me sirvió para salir del paso, pero esto no es bueno. El día fue intensamente agradable, excepto por el hecho de haberlo perdido. Por la noche, una conversación larga y amable con Leonardo Coimbra.

27. Un día ocioso, más bien sin sentido. Un encuentro con Nogales, más o menos interesante.

28. Desde por la tarde, ataque de gripe, con fiebre al caer la noche; así que no pude ir a casa de António Silvano. Con la fiebre, una fuerte depresión que se mantuvo con fuerza hasta la noche. El dinero de Mário me inquietaba un poco.

29. Un día más bien alegre e interesante. La cuestión del dinero de Mário se resolvió inesperadamente, al pedirle prestados diez dólares (+ para botas) hasta el 7 de diciembre. La traducción llegó, era fácil. Estado ligeramente febril, aunque sin dolor, muy leve. Me encontré con Leal, me alegré. Por la noche, con la tía Lisbela en su hotel, muy agradable; estuve cambiando miradas con una chica muy interesante a la que parecía gustarle. Me sentía simpático con ellas (ella y quizá su hermana), aunque apenas hablé... ¡El Emperador, ah...!

30. Día prácticamente desperdiciado, aunque agradable, porque el cielo estaba despejado, a pesar de una breve lluvia, y porque la vida transcurrió agradablemente. Por la noche tuve el placer de oír dos comentarios distintos (de Cortes-Rodrigues y de Perdigão) sobre el gusto con el que me visto (¡oh, yo!), y pasé otra media hora en el hotel mi-

rando (y cambiando miradas) con la chica (diecisiete años, magnífico), y le caí simpático, a ella y a su hermana, e incluso a su madre sorda. Hablé con ella sin embarazo, incluso mirándola a los ojos. ¡Ay...!

Diciembre

1. Un día perdido, de nuevo. Día interrumpido por fuertes depresiones y sentimiento de angustia, sobre todo por la tarde. Todo lo de los días anteriores provocó un cansancio angustioso. Me calmé un poco por la noche, pero siempre bajo la sospecha de que algo malo podía suceder cuando fuera a ver a Henrique Rosa, sospecha fundamentada en la carta de mi Madre en la que decía que estaba muy deprimida. Me obligué a no ir al hotel.

2. Un día de muchísimo trabajo en el despacho, preparando circulares. Pero, a pesar de todo, no desagradable, hasta la noche. Bastante distraído por la noche por culpa del trabajo. No tuve paciencia para encontrarme con el español. Fui a encontrarme con Henrique Rosa y todo salió perfecto. Después a la Brasileira, donde Júlio de Vilhena me tiró encima un vaso de agua al hacer un gesto con los brazos. Después al hotel, donde estuve hablando con bastante facilidad y fuerza (bromeando sobre algunos tópicos contra las teorías de las chicas); estuvo agradable, pero la profundidad del Empe-

rador provocó una gran inquietud. Creo que la chica se sorprendió de mi lentitud. Es particularmente consciente de sí misma, esta chica. Me marché a las doce y media y fui a casa, en parte por la Avenida, con una fuerte depresión.

3, 4, 5. Nada fuera de lo ordinario estos días, que pasaron tranquilamente, salvo por la ausencia de trabajo y de visitas al hotel. El domingo (día 5) estuve a punto de quedarme sin comer, aunque al final no fue así, por culpa de la lluvia. Comí una sola vez, para todo el día, en casa; salí por la noche y volví bajo la lluvia. El domingo siguió lloviendo, dormí y tuve problemas para trabajar.

6. Un día difícil porque cayó una lluvia tremenda que me caló, me quedé con el traje empapado y tuve que esperar media hora debajo de una puerta, y también porque la traducción avanzó muy poco. Sin embargo, la breve visita al hotel estuvo muy bien, porque no podía quedarme mucho (tenía que volver al despacho), así que no me aburrí, y la dulzura de la chica no había desaparecido por completo, a pesar de que llevaba tres días sin ir. La tía Lisbela pensaba que era porque me había ofendido su manera de «echarme a la calle» varias noches atrás... Esto fue divertido y agradable, porque pensaba que quizá era cierto, y le preocupaba. Una enorme depresión por la noche, casi

no me quedaba dinero y estuve muy deprimido. Tanto que, bajo la fuerza de la depresión, empecé a escribir una carta a Sá-Carneiro y tuve que dejarlo por falta de ganas de escribir. (Además estuve esperando a Guisado un buen rato y no apareció).

7. Mejor, mejor. Un día mejor, lo primero. Además trabajé muy bien, tanto en la traducción como en el despacho (quince cartas). Nada de depresión, más bien el inicio de ideas muy claras, ocultistamente antiteosóficas. Por la mañana, Victoriano Braga me contó que Coelho de Carvalho quiere que yo traduzca *Fausto*, pero, ¡ay, el pago no es seguro y después de hecho el trabajo!

13-6-1916

Y así he llegado a mi vigésimo octavo cumpleaños sin haber hecho nada en la vida: nada en la vida, nada en las letras o en mi propia individualidad. Hasta el día de hoy, he probado el fracaso hasta sus últimas consecuencias. Ah, ¿hasta cuándo tendré que seguir probándolo?

Cuanto más examino mi consciencia, menos me perdono a mí mismo por la nulidad de mi vida.

¿Qué cosa horrible me ha retrasado de este modo?

Mi lectura deficiente, mi carencia de espíritu práctico.

Por mí, mi espíritu es la superficie de mi dedicación. Mi espíritu vive constantemente en el estudio y el cuidado de la Verdad, con la intención de dejar, cuando abandone el nexo que me une a este mundo, una obra que sirva para el progreso y el bien de la Humanidad. Reconozco que el sentido intelectual que ese Servicio a la Humanidad adquiere en mí, en virtud de mi temperamento, me aleja, muchas veces, de las pequeñas manifestaciones que, en general, demuestran el espíritu humanitario. Los actos de caridad, la dedicación que llamamos cotidiana, son cosas que raras veces aparecen en mí, aunque no hay nada en mí que represente la negación de estas cosas.

En todo caso reconozco, para hacerme justicia a mí mismo, que no soy más egoísta que la mayoría de los individuos, y mucho menos que la mayoría de mis colegas en el arte y la literatura. Parezco egoísta a ojos de aquellos que, con un egoísmo absorbente, exigen la dedicación de los demás como un tributo.

A veces, en sueños dispersos que surgen de los rincones del pensamiento y de la emoción, tengo visiones de amor. Una vez me encuentro desenredando el nudo de una pasión correspondida por una tuberculosa de genio que había escrito su obra inmortal con la esperanza de no sé qué, siempre sentada a la ventana de una casa enalada. Otras veces es la marquesa, que vive en la finca alta, la que, al saber que yo vivía cerca del lugar donde nunca había de estar, me atrae hacia ella sin quererlo; nuestro amor se desarrolla sin historia, y hay una gran conclusión. Otras veces hasta el romanticismo deja las tuberculosas y las marquesas, y hay una gran sencillez en los deseos soñados: ella ha sido encontrada en la vida como una flor entre hierbas altas, la cogí para mi altar limpio y hermoso, nuestra vida, por lo menos en lo que persiste el sueño, duerme en paz entre sinceridades, y todo es caricia.

Ah, qué enredos complicados en cubiertas de barcos, en islas distantes, en hoteles universales, en viajes pasajeros, que no llegan a seducir mi emoción, como vestidos expuestos.

Pero, súbitamente, y con un regreso de la pesadilla asombrosa, despierto de mi romanticismo sexual, y me avergüenzo ante mí mismo por hacer, con mis pensamientos internos, las mismas cosas

que hacen todos los hombres. Y tengo, como insignia de hidalguía fracasada, la ridícula ventaja en contra. Sí, a veces sueño de esta forma. Sí, a veces soy costurera masculina, y tengo príncipes, que son princesas, y muchas veces son otra cosa, en la imaginación inevitable.

Y entonces, despierto de todo esto, río, casi en alto, de verme así, como si me viese desnudo bajo mi desnudez, como si me reconociera esqueleto del alma, y una alegría puntiaguda danza en mis devaneos. ¡Qué tristeza!

PLAN DE VIDA

Un plan general de vida debe incluir, en primer lugar, la obtención de alguna forma de estabilidad económica. Pongo el límite necesario de lo que yo llamo estabilidad económica en alrededor de sesenta dólares, cuarenta para las cosas necesarias de la vida y veinte para las superfluas. La forma de obtener esto es añadir a los treinta y un dólares de los dos despachos (P. y F. F.) otros veintinueve dólares, cuyo origen aún está por determinar. Más rigurosamente, sólo para vivir, cincuenta dólares bastarían, tomando treinta y cinco como base necesaria y quince para cubrir lo demás.

El siguiente punto esencial sería encontrar una residencia en la que haya suficiente espacio, en cuanto a amplitud y en cuanto a distribución, para colocar todos mis papeles y libros con el orden adecuado; y esto sin demasiadas posibilidades de mudarme en un plazo breve. Parece que lo más fácil sería alquilar una casa por alrededor de ocho, o, como mucho, nueve dólares, y vivir allí cómodamente, encargando la cena (y el desayuno) cada día, o algo similar. Pero, ¿sería adecuado todo esto?

Sustituir, en lo que se refiere a mis papeles, mi gran caja por varias más pequeñas que deben contenerlos en orden de importancia. La caja grande y la que está en casa de A. S. deberían guardar solamente los periódicos y revistas que conservo.

Si alquilo una casa, ¿qué mobiliario utilizaría? ¿No sería mejor volver a arreglar estas cosas con S.* para conseguir lo que necesito y mudarnos sólo si es necesario para este objetivo?

De la forma en la que el Destino lo prevea, así será.

1919

Mi corrección personal de la vida a la vista de lo siguiente: a) pagar todas las deudas y asentar la vida limpiamente sobre esta base: cinco mil dólares deberían ser suficientes para todo esto; b) alquilar una casa fuera de Lisboa y llevar allí todas mis pertenencias, dejando a Emília a cargo, y asegurándome de que su vida está suficientemente resuelta para que pueda vivir sin preocupaciones ni miedos; c) organizar mis cosas en Londres de tal modo que no sea necesario vivir allí; d) antes de irme, clasificar y or-

* N. del T. S. es la inicial del apellido Sendo, arrendador del piso en que habitaba Pessoa en 1916.

denar todos mis papeles, de tal modo que mi obra literaria pueda ganar claridad y dirigirse a su objetivo; e) organizar en un paralelismo exacto mi vida práctica y mi vida especulativa para que la primera nunca pueda dañar a la segunda, a la que está subordinada por un deber mayor.

No soy un escéptico. En el fondo de mi inactividad soy demasiado activo para renunciar a creer. Soy un pagano de la Decadencia que confía en la interpretación de los dioses que el misterio revelado ha hecho posible. Creo en los Dioses paganos con todo el ardor místico de un alma cristiana. Los Dioses paganos son mi fuerza y el alma cristiana es mi medio. Los Dioses son armonía y paz. Cristo se disgrega, los Dioses que regresan se unen. Así estoy, en el umbral de un paganismo que recomienza. Mis gestos son salvajes, como los de aquél que busca en la noche. Pero he encontrado en el aire vano una garra más fuerte que mis brazos caídos; he llegado a la presencia de los Dioses en el límite deslumbrante de un espacio hipotético. Están fuera de mí como pensamientos de una mente más vasta; acompañando la mía con la plenitud mayor de quien otorga el ser.

Si los propios signos y límites de mi trabajo no coinciden con el límite de las eras y las naciones,

tendré el deber de soportar mi trabajo en este mundo para que no sea sino un jarro inclinado y un grito sin eco en los desiertos. Mi corazón tiene un nombre que debe extenderse sobre la diversa sucesión de tendencias, la incomprendida distinción de los discursos, las corrientes unificadas de los tiempos y la vasta disparidad de las naciones. Todo lo demás es para mi espíritu el hundimiento de mis aspiraciones, y, en su interior, mi corazón, si es que así sucede, será como una escalera sin escalones, la negación del absurdo en sí mismo.

Si no soy yo mismo en mi propia epopeya, habré vivido en vano. Si no hay en cada uno de mis versos un acento de eternidad, habré malgastado el tiempo de los Dioses en mí. Si una contingencia del mundo visible — la tierra que se hiel, un cometa que nos traiciona reduciéndonos al polvo — puede aplicar su corrección sobre el manuscrito de mi vida en proyecto, no seré más que el vacío de mí mismo, el eco sin nombre de las estrellas que asisten indiferentes.

Mi orgullo tiene una calidad más pesada que la de esos fantasmas de la apariencia que llamamos hombres.

No tengo ninguna dificultad para describirme: soy un carácter femenino con una inteligencia masculina. Mi sensibilidad y los movimientos que

produce, y en eso consiste el carácter, son de mujer. Mis facultades de relación —la inteligencia, y la voluntad, que es la inteligencia del impulso— son de hombre.

En cuanto a la sensibilidad, si digo que siempre me ha gustado ser amado, y nunca amar, lo digo todo. Me dolía siempre la obligación, por un vulgar deber de reciprocidad —una lealtad del espíritu— de corresponder. Me agradaba la pasividad. De la actividad sólo me atraía el mínimo necesario para estimular, para no dejar que se olvide la actividad amorosa de quien me amaba.

Reconozco sin interés la naturaleza del fenómeno. Es una inversión sexual frustrada. Detenida en el espíritu. Sin embargo, siempre que he meditado sobre mí me ha inquietado, me ha faltado la certeza que todavía hoy no tengo, de que esa disposición del temperamento no pudiera un día descender al cuerpo. No digo que practicase entonces la sexualidad correspondiente, pero sólo el deseo era suficiente para humillarme. Somos muchos los que hemos recorrido la historia con esta condición, la historia artística, sobre todo. Shakespeare y Rousseau son dos ejemplos, los más representativos, los más ilustres. Y mi temor a que esa inversión del espíritu llegue al cuerpo radica en la observación de su llegada en estos dos ejemplos, completamente en el primero, y en forma de pederastia, e inciertamente en el segundo, en un difuso masoquismo.

NOTA

Sucede que tengo precisamente aquellas cualidades negativas para el objetivo de influir, del modo que sea, en el ambiente social en general.

Soy, en primer lugar, un razonador, y lo que es peor, un razonador minucioso y analítico. Pero el público no es capaz de seguir a un razonador, ni es capaz de prestar atención a un análisis.

Soy, en segundo lugar, una analista que busca, en la medida de lo posible, descubrir la verdad. Pero el público no quiere la verdad, sino la mentira que más le guste. A esto hay que añadir que la verdad —en todos los aspectos, pero especialmente en cuestiones sociales— es siempre compleja. Pero el público no comprende ideas complejas. Hay que limitarse a darle ideas simples, generalidades vagas, es decir, mentiras, aunque tengan su origen en verdades; y es que ofrecer como simple lo que es complejo, dar sin distinciones lo que es necesario distinguir, ser general donde importa especificar para definir, y ser vago en materias en las que lo fundamental es la precisión; todo esto, es lo mismo que mentir.

Soy, en tercer lugar, y por esto es por lo que busco la verdad, tan imparcial como me es posible. Pero el público, movido en lo más íntimo por sentimientos y no por ideas, es orgánicamente parcial. Por esto, no sólo le desagrada y le deja indiferente, por ajeno a su propia índole, hasta el propio *tono* de la imparcialidad, sino que todo esto, además, se agrava por las concesiones, distinciones y restricciones que se hacen necesarias para ser imparcial. Entre nosotros, por ejemplo, y en la mayoría de los pueblos del sur de Europa, o se es católico, o anticatólico, o indiferente al catolicismo como a todo lo demás. Si yo hiciera, por ejemplo, un estudio del catolicismo, en el que tendría que decir forzosamente cosas buenas y malas, indicar ventajas y desventajas, apuntar defectos que se compensan por virtudes, ¿qué sucedería? No me escucharían los católicos, que no aceptarían que hablara mal del catolicismo. No me escucharían los anticatólicos, que no aceptarían que hablara bien. No me escucharían los indiferentes, para quienes todo el asunto no sería más que un rollo ilegible. Así resultaría absolutamente inútil ese estudio, por muy cuidado y escrupuloso que fuera —y aún más— sería más inútil, porque sería menos aceptable para el público, cuanto más cuidado y escrupuloso. Sería, en el mejor de los casos, apreciado por algún que otro individuo de índole semejante a la mía, razonador sin tradiciones ni

ideales, analista sin prejuicios, liberal, porque libreto, no por siervo de la idea simplificada de libertad. Y a ese, sin embargo, ¿qué podría enseñarle? Como mucho, algunas cuestiones particulares del catolicismo, en el caso que hemos tomado como ejemplo, si es que el tema le es ajeno. Y si a él, buscador intelectual como yo, le es extraño el asunto, entonces es que nunca le ha interesado, y si nunca le ha interesado, ¿por qué iba a leer lo que escribí sobre el tema?

De todo esto parece que hay que concluir que un estudio razonado, imparcial, científicamente dirigido, sobre un tema, es un trabajo socialmente inútil. Y así es, de hecho. Es, como mucho, una obra de arte, nada más. *Vos praeterea nihil.*

Las sociedades están dirigidas por agitadores de sentimientos, no por agitadores de ideas. Ningún filósofo se ha hecho camino sin ponerse al servicio, total o parcialmente, de una religión, una política o cualquier otro modo social del pensamiento.

Si el trabajo de investigación, en materia social, es, por lo tanto, socialmente inútil, salvo artísticamente y en la medida en la que es arte, más vale emplear nuestro esfuerzo en hacer arte, y no medio-arte.

Reconociendo que todas las doctrinas son defendibles, y que valen no por lo que valen sino

por la valía de quien las defiende, nos concentraremos más en la literatura de la defensa que en el asunto de la misma. Haremos cuentos intelectuales donde, siguiendo un impulso inmediato e imprudente, haríamos estudios científicos. La verdad de la idea misma ha de ser indiferente; no es más que la materia de un hermoso argumento, de la elegancia y las astucias de la sutileza.

Nos detendremos, adoptando un movimiento idéntico en inverso sentido, a demostrar el sinsentido de las ideas vigentes, la vileza de los ideales más nobles, la ilusión de todo cuanto la humanidad acepta o puede aceptar, de todo cuanto el pueblo cree o puede creer. Salvaremos así el principio aristocrático, que fue fundado sobre el orden social, dejando tras de sí el vacío de una universal y monótona esclavitud.

¿Seremos corrosivos? ¿Y cómo, si no tenemos forma de actuar sobre el público, si no leen más que aquellos que leen el arte por el arte, el arte intelectual, el arte hecho con ideas en vez de ritmos, y esos, escasísimo número entre los hombres, están ya desencantados o son fuertes, por la inteligencia y la cultura, frente a cualquier desencanto?

Ser corrosivo, socialmente, es la doctrina social de todo lo que no está. Fue corrosivo y antisocial, en el sentido de perjudicar el orden y la armonía de los pueblos, el cristianismo, cuando el paganismo era la civilización. Fue corrosiva y an-

tisocial la Reforma, cuando los pueblos de Europa eran católicos. Fue corrosiva y antisocial la Revolución Francesa, cuando la civilización de Europa era el Antiguo Régimen. Son hoy corrosivas todas las doctrinas sociales que reaccionan contra las ideas de esa misma Revolución. El que hoy predica la sindicación, el estado corporativo, la tiranía social, sea fascismo o comunismo, está corroyendo la civilización europea; quien defiende la democracia y el liberalismo la está defendiendo.

¿Quiere esto decir que no hay doctrinas corrosivas sino por su posición accidental? Quiere decir exactamente eso. La más radical de las doctrinas, en el momento en el que esté socialmente aceptada, es una doctrina conservadora, la más conservadora, si en ese momento se opone, será radical.

¿Quiere esto decir que no hay principios fundamentales en la vida de las sociedades? No quiere decir eso; quiere decir, sin embargo, que, si los hay, no los conocemos. No hay ciencia social, no sabemos cómo nacen, cómo se mantienen o desaparecen, cómo crecen o disminuyen, cómo se marchitan y mueren, las sociedades. La existencia de la humanidad, si por ella se entiende cualquier cosa más allá de la especie animal llamada hombre, es tan hipotética y racionalmente indemostrable como la existencia de Dios. Sin embargo, si por humanidad se entiende la especie animal llamada

hombre, entonces existe para los biólogos, para los médicos, para todos los que, de un modo u otro, estudian el cuerpo humano; existe como existen los peces y las aves, nada más.

¿Qué principio social se puede erigir como fundamental? Todos y ninguno, depende de la habilidad del argumentador. Hay periodos de orden que lo son de estancamiento, como la larga vida muerta de Bizancio. Los hay que son de actividad intelectual, como el de la Antigua Monarquía Francesa. Hay periodos de desorden que son la ruina intelectual de los países en los que se producen, como el declive del Imperio Romano, o la época de Revolución Francesa propiamente dicha. Hay periodos de desorden fecundos en creación intelectual, como el Renacimiento en las Repúblicas Italianas, o como el que abarca la época de Isabel y Cromwell en Inglaterra.

Me refiero a la producción intelectual, dando por hecho que es una ventaja, y, al menos, parte de la civilización. No insisto en esto, sin embargo, y estoy dispuesto a aceptar la doctrina de que la cultura y el arte son un mal, de que es la paz y no los sonetos lo que más le importa a la humanidad. Pero, ¿cuáles son las circunstancias que producen la paz, y cuáles las que no la producen? Encontraremos estas mismas causas con distintos efectos, o, mejor dicho, encontraremos las circunstancias con distintos resultados: lo que quiere decir que no son causas si-

no coincidencias, que cualquier cosa que se considere una ventaja social, sea una sinfonía o una cena asegurada, puede aparecer en circunstancias sociales diferentes, sin que sepamos nunca de dónde ha salido la sinfonía, por qué se consiguió que no faltara la cena.

A esto hay que añadir que, así como no hay ciencia social, tampoco hay arte social, finalidad cierta de la existencia de las sociedades. En este punto, el problema, que era semejante al de la metafísica, se convierte en metafísica propiamente dicha. ¿Con qué finalidad existen las sociedades? ¿Para la felicidad de quienes las componen? No lo sabemos, y lo cierto es que la felicidad varía de un tipo de hombre a otro, y hay muchos que perderían gustosamente a su mujer con tal de conservar su colección de sellos.

CUADRO BIBLIOGRÁFICO FERNANDO PESSOA

Nació en Lisboa, el 13 de julio de 1888. Estudió en el Instituto (High School) de Durban, Natal, Sudáfrica, y en la Universidad (inglesa) del Cabo de Buena Esperanza. En esta universidad ganó el premio Reina Victoria de estilo en inglés, en 1903 (primer año en el que se convocaba este premio).

Los escritos de Fernando Pessoa pertenecen a dos categorías que podemos llamar ortónimas y heterónimas. No se puede decir que sean autóntimas o pseudónimas, porque ciertamente no lo son. La obra pseúdonima es del autor en persona, con la salvedad del nombre con el que la firma; las heterónimas son del autor fuera de su persona, de una individualidad completa fabricada por él, como lo serían las afirmaciones de cualquier personaje de cualquier drama que escribiera.

Las obras heterónimas de Fernando Pessoa están escritas por, hasta ahora, tres nombres de persona; Alberto Caeiro, Ricardo Reis, Álvaro de

Campos. Estas individualidades deben ser consideradas como algo distinto de la de su autor. Cada una de ellas forma una especie de drama, y todas ellas juntas forman otro drama. Alberto Caeiro, a quien se tiene por nacido en 1889 y muerto en 1915, escribió poemas con una única y determinada orientación. Tuvo por discípulos —originarios, como tales, de distintos aspectos de esa orientación— a otros dos: Ricardo Reis, a quien se da por nacido en 1887, y que aisló en esa obra, estilizándolo, el aspecto intelectual y pagano; Álvaro de Campos, nacido en 1890, que aisló el aspecto que podríamos llamar emotivo, al que llamó «sensacionista», y que —uniéndolo a distintas influencias, entre las que destaca, aunque siempre por debajo de la de Caeiro, la de Walt Whitman— escribió diversas composiciones, en general de índole escandalosa e irritante, sobre todo para Fernando Pessoa, que, en cualquier caso, no tiene más remedio que hacerlas y publicarlas, por mucho que no esté de acuerdo con ellas. Las obras de estos tres poetas forman, como ya se ha dicho, un conjunto dramático; y la interactuación intelectual de sus personalidades está debidamente estudiada, como también lo están sus propias relaciones personales. Todo esto figurará en sus biografías, aún por hacer, que irán acompañadas, cuando se publiquen, de horóscopos y, tal vez, de fotografías. Es un drama en personas, en lugar de en actos.

(Que estas tres individualidades sean más o menos reales que el propio Fernando Pessoa es un problema metafísico que éste, carente del secreto de los Dioses, y, en consecuencia, ignorando qué es la realidad, nunca podrá resolver).

Fernando Pessoa ha publicado, ortónimamente, cuatro folletos en verso en lengua inglesa: *Antinous* y *35 Sonetos*, aparecidos conjuntamente en 1918, y *Poemas Ingleses I-II* y *Poemas Ingleses III*, también conjuntamente, en 1922. El primer poema del tercero de estos folletos es la refundición de *Antinous*, de 1918. Ha publicado, además de esto, un manifiesto, «Sobre un manifiesto de estudiantes», en apoyo de Raul Leal, y, en 1923, un folleto, *Interregno: Defensa y justificación de la dictadura militar en Portugal*, que el gobierno permitió publicar. Ninguno de estos textos es definitivo. Desde el punto de vista estético, por lo tanto, el autor prefiere considerar estas obras como sólo aproximadamente existentes. Ningún escrito heterónimo ha sido publicado en folletos o libros.

Fernando Pessoa ha colaborado bastante, siempre por la petición casual de amigos, en revistas y otras publicaciones de diversa índole. Los escritos suyos que están desperdigados por ahí son, en general, de un interés aún menor para el público que los folletos antes mencionados. Sin embargo, hay que mencionar, aunque con reservas, las siguientes excepciones:

En cuanto a las obras ortónimas: el drama estático *El marinero*, en *Orpheu* I (1915); *El banquero anarquista*, en *Contemporânea* 1 (1922); los poemas de *Mar portugués*, en *Contemporânea* 4 (1922); una pequeña colección de poemas en *Athena* 3 (1925); y, en el número 1 del diario de Lisboa *Sol* (1926), la narración precisa y conmovedora del *Cuento del Vicario*.

En cuanto a las obras heterónimas, dos odas — *Oda triunfal* y *Oda marítima* — de Álvaro de Campos en *Orpheu* 1 y 2 (1915) y *El ultimátum*, del mismo individuo, en un número único de *Portugal Futurista* (1917); el libro de *Odas*, de Ricardo Reis, en *Athena* 1 (1924), y los fragmentos de poemas de Alberto Caeiro en *Athena* 4 y 5 (1925).

El resto, ortónimo o heterónimo, o nunca tuvo interés, o fue solamente pasajero, o está por perfeccionar y redefinir, o son pequeñas composiciones, en prosa o en verso, que sería difícil recordar y tedioso enumerar, una vez recordadas.

Desde un punto de vista, por así decirlo, publicitario, se podría, a pesar de todo, apuntar algunos artículos en *El Águila*, en el año 1912, sobre todo por la irritación que provocó el anuncio que en ellos hacía de la «próxima aparición del súper-Camões». Con el mismo objetivo se puede citar el conjunto de lo que apareció en *Orpheu*, dado el desmedido escándalo que se dio a partir de

esta publicación. Son los dos únicos casos en los que un escrito de Fernando Pessoa haya llegado a la atención del público.

Fernando Pessoa no tiene intención de publicar —al menos en un período largo de tiempo— ningún libro ni folleto. Al no tener un público que los lea, se considera dispensado de gastar inútilmente, en dicha publicación, su propio dinero, del que carece, y para hacérselo gastar inútilmente a cualquier editor haría falta una preparación para el proceso al que dio su apellido el nostálgico Manuel Peres Vicário, anteriormente citado.

Siempre fui, a través de cuantas fluctuaciones hubiera, por duda de la inteligencia crítica, en mi espíritu, nacionalista y liberal: nacionalista, esto es, creyente en el país como alma y no como simple nación; y liberal, esto es, creyente en la existencia, de origen divino, del alma humana, y en la inviolabilidad de su conciencia, en sí misma y en sus manifestaciones.

Por eso siempre me han causado repugnancia y asco todas las formas del internacionalismo, que son tres: la Iglesia de Roma, la economía internacional y el comunismo.

Podría haberlo definido, con igual precisión, si lo hiciera con términos opuestos: alma frágil, mezclada y absurda, incapaz de querer, y, por saber esto, incapaz de no desear querer, y al saber también esto, consumida por mil deseos no sólo imposibles sino contradictorios, concedora desde su propia formación de que estos deseos son contradictorios e imposibles; analizándose mil veces, hasta la abstracción, y encontrando en sí misma mil sutilezas de la sutileza que recubre con ficciones del mismo análisis nacido de la capacidad de analizar; pensando con precisión lo que piensa imprecisamente; sintiendo bajo la marca de lo visual, pero registrándolo con la seducción de lo auditivo; desenfocada por las grandes heridas pero lúcida en ellas; tonta en los pequeños insultos a su manera de sentir; con miedo de todo excepto de sólo sentirlo todo; feliz con un rayo de sol que da en otra parte, sólo por verlo, infeliz por saber como ve, ociosa por tedio, lánguida por error, banal por aceptación.

1929-30

No sé lo que digo. Pertenezco a la raza de los navegadores y de los creadores de imperios. Si hablo como soy, no seré entendido, porque no

tengo Portugueses que me escuchen. No hablamos, yo y los que son mis compatriotas, un lenguaje común. Callo. Hablar sería no ser comprendido. Prefiero la incomprensión por el silencio.

1930

Cuanto más profundizamos, con la vida, en la propia sensibilidad, más irónicamente nos conocemos. A los veinte años yo creía en mi destino funesto, hoy conozco mi destino banal. A los veinte años yo aspiraba a los Principados de Oriente; hoy me contentaría, sin detalles ni preguntas, con un final tranquilo para mi vida, dueño de una imprecisa tienda de tabacos.

Lo peor que hay en la sensibilidad es pensar en ella, y no con ella. Mientras desconocía mi ridiculez, pude tener sueños magníficos. Ahora que sé quien soy sólo me quedan los sueños que decido tener.

El ridículo es el golpe que nos devuelve la inteligencia; hay una buena parte de la inteligencia de la que no conozco sino el golpe.

Si hago estos análisis de un modo descuidado y casual es porque de este modo retrato mejor

lo que soy. No sólo soy incapaz de un análisis realmente profundo, además soy demasiado artista para pensar en hacerlo; pensar en hacerlo sería pensar en dar de mí la idea de que soy una persona disciplinada y coherente, cuando en realidad soy un analista disperso y sutilmente descentrado. Mi arte es ser yo. Yo soy muchos. Pero, a pesar de ser muchos, soy muchos en fluidez e imprecisión.

Muchos creen cosas falsas o incompletas de mí, y yo, al hablar con ellos, hago todo lo posible para que sigan creyéndolas. Delante de alguien que me considera un simple crítico, yo sólo hablo de crítica. Al principio lo hacía espontáneamente. Después decidí que esto era, en mi constante esfuerzo por no causar fricciones, [—].

Líbrame, como me libraste en el Umbral, de la ambición, de la vanidad y del orgullo. Dame la mano para que no tropiece; la luz, para que no esté ciego; la vida, para que no esté muerto.

No es que no publique porque no quiera: no publico porque no puedo. Que nadie piense que estas palabras están dirigidas contra la Comisión de Censura; no hay nadie que tenga menos motivos que yo para quejarse de esa comisión. La censura obedece, a pesar de todo, a ciertas directrices,

y todos nosotros sabemos cuáles son, más o menos, esas directrices.

Sin embargo, se da el hecho de que la mayor parte de las cosas que yo escribo no podrían ser aceptadas por la censura. Puedo no poder limitar el impulso de escribirlas; domino fácilmente, porque no lo tengo, el impulso de publicarlas, y no voy a importunar a los censores con un material cuya publicación tendrían forzosamente que prohibir.

Y siendo así, ¿para qué publicar? Privado de la posibilidad de publicar lo que podría interesar al público, ¿qué interés tendría yo en mandar a un periódico cualquiera lo que, por ilegible, no le sirve, o lo que [—]

Puedo, es cierto, divagar libremente (y aun así, sólo hasta cierto punto y en ciertos entornos) sobre la filosofía de Kant [—]

1935

El verdadero origen de este artículo radica en una circunstancia personal: la existencia de muchos —muchos para quien conoce pocos— que me confesaron que no comprendían que, después de escribir *Mensaje*, poemario nacionalista, haya acudido al *Diario de Lisboa* a defender la Maso-

nería. De esta circunstancia **personal y concreta** extraje la materia de este artículo **impersonal y abstracto**. Nada y a nadie le puede **importar lo** que hace y piensa un poeta oscuro y el **defensor** (un poco menos oscuro) de la Orden de la **Masonería**, pero en alguna medida y a muchas personas debe importar que se distinga lo que estaba mezclado y se aproxime lo que por error estaba separado, y que haya un poco menos de niebla en las ideas, incluso aunque no sean estas el medio por el cual debemos esperar a Don Sebastián.

Una cosa, y sólo una, me preocupa: que con este artículo llegue yo a aportar mi contribución, en cierto grado, para estorbar a los reaccionarios portugueses en uno de sus mayores y más justos placeres: el de decir estupideces. Confío, sin embargo, en la solidez pétrea de sus cabezas y en las virtudes inmanentes de esa fe firme y totalitaria que dividen, a partes iguales, entre Nuestra Señora de Fátima y el señor don Duarte Nuno de Braganza*.

* *N. del T. D.* Duarte Nuno de Braganza: Heredero de los derechos monárquicos, fue aceptado como tal por los adeptos a la monarquía a partir de la renuncia de su hermano, en 1929.

Publiqué en el pasado mes de octubre, y puse a la venta, deliberadamente, el día 1 de diciembre, un libro de poemas, que en realidad forma un único poema, titulado *Mensaje*. Dicho libro fue premiado, en circunstancias especiales y especialmente honrosas para mí, por el Secretariado de Propaganda Nacional.

A muchos de los que leyeron el libro con aprecio, así como a otros que lo leyeron con poco o ninguno, les causaron perplejidad ciertas cosas: la estructura del libro, la disposición que en él tenían las materias, y, especialmente, la mezcla que en él se encuentra de un misticismo nacionalista — que habitualmente va unido, allí donde aparezca, a las doctrinas de la Iglesia de Roma — con una religiosidad, que, desde este punto de vista, es obviamente herética.

Un fenómeno independiente de *Mensaje*, y posterior a su publicación, aumentó la perplejidad de unos y otros lectores del libro. Ese fenómeno fue mi artículo sobre las sociedades secretas apa-

recido en el *Diario de Lisboa* del 4 de febrero. Este artículo es un ataque al proyecto de ley — hoy ley — sobre el asunto del mismo título, y por extensión, una defensa de la Masonería, contra la cual se dirigía el proyecto y se dirige hoy la ley.

El artículo es manifiestamente obra de un liberal, de un enemigo radical de la Iglesia de Roma, y (puesto que fue y se siente espontáneo) de quien tiene para con la Masonería y los masones, un sentimiento profundamente fraternal.

Un lector atento de *Mensaje*, sea cual fuera la idea que tuviera sobre el valor del libro, no pasaría por alto el anti-romanismo que, constante, aunque de forma negativa, surge en él. Un lector igualmente atento, pero instruido en el entendimiento, o al menos en la intuición, de los asuntos herméticos, no se extrañaría de la defensa de la masonería por parte del autor de un libro tan abundantemente imbricado en el simbolismo templario y rosacruz. Y a este lector le resultaría fácil llegar a la conclusión de que, teniendo las órdenes templarias, aunque no ejerzan actividad política alguna, conceptos sociales idénticos, en lo positivo y en lo negativo, a la Masonería, y, teniendo en cuenta que el movimiento rosacruz, en materia social, gira en torno a las ideas de fraternidad y paz (*Paz profunda, Frater!* es el saludo rosacruz tanto para los profanos como para los hermanos) el autor de un libro así diseñado habría

de ser forzosamente un liberal por derivación, si no lo era por naturaleza.

Pero, de hecho, fui siempre fiel por naturaleza, y reforzado por educación — mi formación es completamente inglesa—, a los principios esenciales del liberalismo, que son el respeto a la libertad del Hombre y a la libertad del Espíritu, o, en otras palabras, el individualismo y la tolerancia, o, incluso, en una única frase, el individualismo fraternal.

NOTA BIOGRÁFICA

Nombre completo: Fernando António Nogueira Pessoa.

Edad y origen: Nació en Lisboa, freguesía dos Mártires, en el número cuatro del Largo de S. Carlos (hoy del Directorio) el 13 de junio de 1888.

Filiación: Hijo legítimo de Joaquim de Seabra Pessoa y de Maria Madalena Pinheiro Nogueira. Nieto paterno del general Joaquim António Pessoa, que combatió en las campañas liberales, y de D. Dionísia Seabra; nieto materno del consejero Luís António Nogueira, jurisconsulto, que fue director general del Ministerio del Reino, y de D. Madalena Xavier Pinheiro. Ascendencia general de hidalgos y judíos.

Estado: Soltero

Profesión: La designación más propia sería la de «traductor», la más exacta, la de «corresponsal extranjero de casas comerciales». Ser poeta y escritor no constituye una profesión, sino una vocación.

Residencia: Rua Coelho da Rocha 16, 1º dcha, Lisboa. (Dirección postal: Apartado 147, Lisboa).

Funciones sociales que ha desempeñado: Si por esto se entiende cargos públicos o atribuciones destacadas, ninguna.

Obras publicadas: Su obra está esencialmente dispersa, hasta el momento, en diversas revistas y publicaciones ocasionales. Lo que, entre libros y folletos, considera válido, es lo siguiente: *35 Sonetos* (en inglés), 1918; *Poemas Ingleses I y II* y *Poemas Ingleses III* (también en inglés), 1922; y el libro *Mensaje*, 1934, premiado por el Secretariado de la Propaganda Nacional en la categoría «Poemas». El folleto *Interregno*, publicado en 1928, que constituye una defensa de la Dictadura Militar en Portugal, debe ser considerado como inexistente. Habría que revisar todo esto y, quizá, que repudiar una buena parte.

Educación: Al haberse casado su madre — tras fallecer su padre en 1893 —, en 1895, en segundas

nupcias, con el comandante João Miguel Rosa, cónsul de Portugal en Durban, fue educado en esta ciudad.

Ganó el premio de estilo en lengua inglesa en la Universidad del Cabo de Buena Esperanza, en 1903, en el examen de admisión, a los quince años.

Ideología política: Considera que el sistema monárquico sería el más adecuado para una nación orgánicamente imperial como es el caso de Portugal. Considera, al mismo tiempo, que la monarquía es absolutamente inviable en Portugal. Por ello, si hubiera un plebiscito para elegir régimen, votaría, aunque con pena, por la República. Conservador al estilo inglés, esto es, liberal dentro del conservadurismo, es absolutamente anti-reaccionario.

Posición religiosa: Cristiano gnóstico, y, por lo tanto, completamente opuesto a todas las iglesias organizadas, y sobre todo a la de Roma. Fiel, por motivos que quedarán más adelante implícitos, a la Tradición Secreta del Cristianismo, que tiene relaciones íntimas con la Tradición Secreta de Israel (la Santa Kábala) y con la Esencia oculta de la Masonería.

Posición iniciática: Iniciado, por comunicación directa de Maestro a Discípulo, en los tres grados menores de la (aparentemente extinta) Orden Templaria de Portugal.

Posición patriótica: Partidario de un nacionalismo místico en el que sea abolida toda infiltración católica-romana, con la creación, si es posible, de un nuevo Sebastianismo, que la sustituya espiritualmente, si es que hubo alguna vez espiritualidad en el catolicismo portugués. Nacionalista que se guía por el siguiente lema: «Todo por la Humanidad, nada contra la Nación».

Posición social: Anticomunista y antisocialista. Todo lo demás se deduce de lo que se ha dicho antes.

Resumen de estas últimas consideraciones: Guardar siempre la memoria del mártir Jacques de Molay, maestro de los Templarios, y combatir, siempre y en todo lugar, a sus tres asesinos: la ignorancia, el fanatismo y la tiranía.

ÍNDICE

Diario de 1906	15
Excomuni3n	30
Pacto Vital de Alexander Search	35
Diario de 1908	39
Diario de 1913	53
Notas personales	84
Diario de 1914	93
Influencias	98
Diario de 1915	102
1916	112
1917-1918	113
Plan de vida	116
Nota	121
Cuadro bibliogr3fico	128
Explicaci3n de un libro	138
Nota biogr3fica	141

También en Gadir Editorial
en la Colección El Bosque Viejo

Lo mejor del mundo son los niños
de Fernando Pessoa

El libro recoge poesías «infantiles» del genial Fernando Pessoa. Se trata de textos para la infancia o alrededor de temas que pueden atraer a los niños, y que, además, atraerán con seguridad a la legión de admiradores de Pessoa. Algunos de los poemas fueron dedicados a su sobrina Manuela; otros a la muñeca de Manuela, Lili; los demás fueron escritos originariamente para adultos, pero los disfrutarán lectores de todas las edades. Las sugerentes ilustraciones son de Teresa Novoa.

El elfo y la princesa
de Fernando Pessoa

El Elfo y la princesa es un cuento infantil que no se publicó en vida de Pessoa y hasta ahora no se había publicado en castellano. Hay quien piensa que el cuento está inacabado, pero no podemos saberlo con seguridad. Sabemos que su autor, Pessoa, siempre dijo que no le gustaban los comienzos ni los finales. Esta bonita historia de *El elfo y la princesa* se puede entender de muchas formas, cada lector la entenderá a su manera. Este libro gustará a los niños y a todos los admiradores de Pessoa. Las ilustraciones de Teresa Novoa iluminan el libro

